

2 mayo -06 512B

1180695
187748
8/22/91
13/10/98

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

PERSONAJES

- SEÑORA ALVING, viuda de un capitán y chambelán del rey.
- OSVALDO ALVING, su hijo, pintor.
- EL PASTOR MANDERS.
- ENGSTRAND, carpintero y padre.
- REGINA, criada de la señora Alving.

La acción, en el campo, en casa de la señora Alving, a orillas de un gran fiord¹ de la Noruega Septentrional.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

ANDRES
C.T.

¹ La palabra noruega *fiord* tiene su equivalente en la castellana *ría*. No obstante, el traductor mantiene la palabra noruega porque la palabra efectivamente había de despertar el recuerdo de los hermanos de los *fiords* noruegueses paisaje

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
DE HUMANIDADES
CIUDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

ACTO PRIMERO

Vasta habitación que recibe la luz del jardín. Puerta a la derecha. Dos puertas a la izquierda. En medio de la habitación, mesa redonda rodeada de sillas; en la mesa, libros, revistas, diarios. A la derecha, en primer término, ventana, delante de la cual hay un sofá y una mesita de labores. Al fondo, jardín de invierno, cerrado con cristales que sirven de ventana a la habitación. A la izquierda del invernadero, puerta por la cual se sale para ir a la playa. A través de los cristales se ve el *fiord*, melancólico, velado por densa cortina de lluvia.

(*Engstrand está delante de la puerta que da al jardín. Tiene la pierna izquierda más corta y lleva una doble suela de madera. Regina, con una regadera vacía en la mano, quiere impedirle que entre.*)

REGINA.—(En voz baja.) ¿Qué quieres? No entres. Estás chorreando.

ENGSTRAND.—Es el agua del Dios bueno, hija mía.

REGINA.—Di mejor que es el agua del Diablo.

ENGSTRAND.—¡Dios mío! ¡Cómo hablas, Regina! (Da algunos pasos cojeando.) Oye; quería decirte...

REGINA.—¡Bueno! ¡No hagas tanto ruido con esa pata! El señorito duerme ahí arriba, precisamente encima de nosotros...

ENGSTRAND.—¿Duerme aún? ¿A esta hora? ¿En pleno día?

REGINA.—Eso no te importa.

ENGSTRAND.—Anoche asistí a una fiesta.

REGINA.—Lo creo sin que me lo jures.

ENGSTRAND.—Y ya ves, hija, uno es hombre, uno es débil...

REGINA.—Eso sí que es verdad.

ENGSTRAND.—Y las tentaciones son muchas en este bajo mundo. Y,

sin embargo, bien sabe Dios que estaba ya en mi trabajo esta mañana a las cinco y media.

REGINA.—¡Bueno! ¡Bueno! Pero ¿por qué no te vas? No quiero estar aquí en *rendez vous*¹ contigo.

ENGSTRAND.—¿Cómo dices? ¿Qué es lo que no quieres? No te he comprendido bien.

REGINA.—No quiero que te encuentren aquí. Vete por allí.

ENGSTRAND.—(Acercándose más a ella.) No, no me iré sin hablarte. Esta tarde, después de acabar mi trabajo en la escuela que se está construyendo, tomaré el vapor para regresar a mi casa, al pueblo.

REGINA.—(Entre dientes.) Buer viaje.

ENGSTRAND.—Gracias por tu buer deseo, hija mía. Mañana inauguraré el asilo; habrá fiestas y francachelo, y mucha bebida. Pero no quiero que digan que Jacobo Engstrand no puede resistir a la tentación cuando se presenta.

REGINA.—¡Lo que es eso...!

ENGSTRAND.—Mañana se reunirá aquí muchos personajes importan

¹ En francés en el original.

tes. El pastor Manders entre ellos, ¿no es verdad?

REGINA.—Llega hoy.

ENGSTRAND.—Ya lo ves. Y no quiero que tenga la menor queja de mí...

REGINA.—¡Ah! Ya veo de qué se trata. ¡Hola! ¡Hola!

ENGSTRAND.—¿Qué?

REGINA.—(Mirándole fijamente.) ¿Qué nuevo cuento quieres hacerle creer al pastor Manders?

ENGSTRAND.—¡Cállate! ¿Estás loca? ¿Que yo quiero engañar al pastor Manders? ¡No! ¡No! El pastor Manders es demasiado bueno conmigo. Pero nos apartamos de lo que quería decirte. Esta noche me voy a casa.

REGINA.—¡Tanto mejor! ¡Cuanto antes te vayas...!

ENGSTRAND.—Sí; pero quiero que vengas conmigo, Regina.

REGINA.—(Mirándole con asombro.) ¿Quieres que vaya contigo? ¿Qué dices?

ENGSTRAND.—Digo que quiero tenerte en casa a mi lado.

REGINA.—(Con tono zumbón.) Nunca, nunca jamás estaré en casa a tu lado.

ENGSTRAND.—¡Eso ya lo veremos!

REGINA.—¡Sí, sí, lo veremos! Puedes estar seguro. ¿Yo, que he crecido en casa de la señora Alving, la viuda del chambelán? ¿Yo, que fui tratada como a hija de la casa? ¿Iría a vivir contigo? ¿A una casa como la tuya? ¡Puf!

ENGSTRAND.—¿Qué? ¿Cómo es eso? ¿Vas ahora a rebelarte contra tu padre, hija mía?

REGINA.—(En voz baja, sin mirarle.) Muchas veces has dicho que no eras nada mío.

ENGSTRAND.—¡Bah! Eso no tiene nada que ver...

REGINA.—¡Cuántas veces me has llamado hija de...! ¡Fi donc! ¡Fi...!

² En francés en el original.

ENGSTRAND.—¡No! ¡Dios mío! ¡No! Nunca he empleado una palabra tan vil.

REGINA.—¡Oh! Me acuerdo perfectamente de las palabras que empleabas.

ENGSTRAND.—Sería cuando estaba algo bebido, hum. El mundo ofrece tantas tentaciones, Regina...

REGINA.—¡Qué asco!

ENGSTRAND.—Y eso era porque tu madre me contestaba. Necesitaba buscar algo que la hiciese callar, hija mía. Siempre se hacía la dengosa. (Imitándola.) "¡Déjame, Engstrand! ¡Te lo suplico! ¡He servido durante tres años en casa del chambelán Alving, en Rosenvold!" (Sonriendo.) ¡Ah, Dios mío! No se olvidaba nunca de que el capitán, en la época en que ella servía en la casa, había sido nombrado chambelán.

REGINA.—¡Pobre mamá! ¡No te molestó mucho tiempo! ¡Bien la atormentaste!

ENGSTRAND.—(Con un movimiento que le hace cojear.) Eso sí, lo confieso: ésa es mi culpa.

REGINA.—(Volviéndose, en voz baja.) ¡Uf! ¡Y además, esa pierna!

ENGSTRAND.—¿Qué dices, hija mía?

REGINA.—*Pied de mouton.*³

ENGSTRAND.—¿Eso es inglés?

REGINA.—Sí.

ENGSTRAND.—Sí, sí. Tú has aprendido mucho aquí. Me parece que no vendrá mal, Regina.

REGINA.—(Después de una pausa.) ¿Y qué quieres que vaya a hacer a tu pueblo?

ENGSTRAND.—¿Se le puede preguntar a un padre qué va a hacer de su hija única? ¿No estoy viudo, esto es, solo y abandonado?

REGINA.—¡Bah! Déjate de monsergas. ¿Por qué quieres que me vaya contigo?

ENGSTRAND.—¡Voy a decírtelo! Pienso en un negocio que deseo plantear.

³ Idem id.

REGINA.—No es la primera vez que lo intentas, pero siempre ha fracasado.

ENGSTRAND.—¡Esta vez ya verás cómo no. Regina! ¡Que el diablo me lleve si no...!

REGINA.—(Dando un golpe con el pie en el suelo.) ¡Psit! ¿Quieres callarte?

ENGSTRAND.—(Vivamente.) Tienes razón. Quería decirte sólo una cosa: desde que trabajo en el asilo nuevo he ahorrado algún dinero.

REGINA.—¿De veras? Tanto mejor para ti.

ENGSTRAND.—¿Qué iba a hacer con mi dinero, aquí, en esta población?

REGINA.—¡A ver! ¡A ver! ¡Continúa!

ENGSTRAND.—Pues bien, he pensado en obtener algún beneficio con ese dinero. Y trato de montar con él algo que venga a ser como una especie de albergue para los marinos...

REGINA.—¡Puf!

ENGSTRAND.—Yo sé lo que me digo: algo limpio, como una posada, no una porquería para albergar marinos. ¡No, por Dios! Sería para los capitanes de barco, pilotos, etc., para lo mejorcito...

REGINA.—¿Y yo debería...?

ENGSTRAND.—Deberías ayudarme, sí. Aunque sólo fuera para cubrir apariencias. ¿Comprendes? ¡Oh, Dios mío, no! ¡Nada de trabajo excesivo, hija mía! No harás más que lo que quieras.

REGINA.—¡Ah! Muy bien.

ENGSTRAND.—Pero hace falta una mujer en la casa; eso es claro como el día. Por la noche, nos divertiremos algo. Se cantará, se bailará y todo lo demás. Piensa en estos pobres marinos, bogando a merced de las olas, en los mares lejanos. (Acercándose a ella.) Vamos, Regina, no seas tonta. No te perjudiques a ti misma. ¿Qué puedes ser aquí? ¿Para qué serviría que la señora se hubiera gastado el dinero en hacerte sabia? He oído decir que

vas a vigilar a los niños en el nuevo asilo. ¿Es un trabajo digno de ti? Reflexiona. ¿Tienes deseos de destruir tu salud por esos condenados muchachos?

REGINA.—No. Y si todo fuese según deseo... ¡Ya lo creo que puede ser! ¡Puede ser!

ENGSTRAND.—¿Qué es lo que puede ser?

REGINA.—Eso no te importa. ¿Es mucho lo que has economizado?

ENGSTRAND.—Puede haber en total de setecientas a ochocientas coronas.

REGINA.—No está mal del todo. ENGSTRAND.—Lo bastante para empezar, hija mía.

REGINA.—¿No piensas darme nada de ese dinero?

ENGSTRAND.—No, no pienso.

REGINA.—¿Ni un pedazo de tela para hacerme un traje? ¿Ni eso?

ENGSTRAND.—Sígueme y tendrás todos los trajes que quieras.

REGINA.—¡Basta! Ya sabré arreglarme yo, si quiero.

ENGSTRAND.—Vale más que haya una mano paternal que te guíe, Regina. Ahora puedo tener una casa muy conveniente en la callejuela del puerto. No se necesita mucho dinero para comprarla. ¡Y sería para los marinos una especie de refugio!

REGINA.—¡Pero no quiero seguirte! ¡Nada hay de común entre nosotros! ¡Sigue tu camino!

ENGSTRAND.—No estarías mucho tiempo conmigo. No tendría esa suerte. Seguramente sabrías conseguirlo, una muchacha hermosa como tú; porque en los últimos años te has vuelto muy hermosa...

REGINA.—Bueno ¿y qué?

ENGSTRAND.—Que no pasaría mucho tiempo sin que un piloto, o tal vez un capitán...

REGINA.—No quiero elegir marido entre esa gente. Los marinos no tienen *savoir-vivre*.⁴

⁴ En francés en el original.

ENGSTRAND.—¿Qué es lo que no tienen los marinos?

REGINA.—Lo que digo es que les conozco. No son gente que se case.

ENGSTRAND.—Pero tú no tienes necesidad de casarte. Sin embargo, puedes buscar tu provecho. *(Confidencialmente.)* ¿No sabes que el inglés, el inglés del *yacht*, dio trescientos escudos, y ella no era tan bonita como tú?

REGINA.—*(Yendo hacia él.)* ¡Sal de aquí!

ENGSTRAND.— ¡Bueno! ¡Bueno! *(Retrocediendo.)* Supongo que no vas a pegarme.

REGINA.—Te equivocas. Si hablas de mi madre, te pego. Te digo que te vayas. *(Le empuja hacia la puerta que da al jardín.)* Y no hagas ruido... el señorito Alving...

ENGSTRAND.—¡Bah! Duerme. Es curioso cuánto te preocupa el señorito Alving. *(Bajando el tono de voz.)* ¡Oh! Supongo que no será posible que...

REGINA.—¡Vete, y cuanto antes, mejor! No tienes la menor idea de lo que es dignidad. No, por ahí no. Por ahí viene el pastor Manders. ¡Vaya! Vete por la escalera de servicio.

ENGSTRAND.—*(Pasando a la izquierda.)* Está bien, está bien; me voy. Pero consulta con el que viene ahí. Él te dirá lo que una hija le debe a un padre. Porque soy tu padre, a pesar de todo. Puedo probarlo con los libros parroquiales. *(Se va por la puerta que ha abierto Regina y que ésta cierra después.)*

REGINA.—*(Se mira al espejo, se abanica con el delantal, se arregla la cinta que lleva al cuello y después se pone a cuidar de las flores.)*

(El pastor Manders entra por el invernadero, con abrigo, paraguas y un saquito de viaje en bandolera.)

MANDERS.—Buenos días, señorita Regina.

REGINA.—*(Volviéndose y fingiendo alegre sorpresa.)* Muy buenos

días, señor pastor. ¿El vapor llegó ya?

MANDERS.—Acaba de atracar. *(Se adelanta.)* Es muy molesta esta lluvia, que no para desde hace varios días.

REGINA.—*(Yendo detrás de él.)* Es tiempo bendito para la gente del campo, señor pastor.

MANDERS.—Tienes razón. Eso es lo que nosotros, los habitantes de las ciudades, no pensamos. *(Se quita lentamente el abrigo.)*

REGINA.—¿Me permite usted que le ayude? ¡Así! ¡Dios mío, qué mojado está! Espere usted. Voy a colgarle en el recibidor. Y voy a abrir el paraguas para que se seque. *(Se va con los objetos que menciona por la puerta de la izquierda. El pastor se desprende de su saco de viaje y lo deja, junto con el sombrero, sobre una silla. Mientras está haciendo estas operaciones entra Regina.)*

MANDERS.—¡Ah! ¡Qué bien se está bajo techado! ¿Qué tal? ¿Todo va bien por aquí?

REGINA.—Sí, muchas gracias.

MANDERS.—Pero supongo que debe andar todo revuelto con los preparativos de la ceremonia de mañana.

REGINA.—¡Ah! ¡Sí! Trabajo no falta.

MANDERS.—¿La señora Alving está en casa?

REGINA.—Sí. La señora está arriba, preparando el chocolate para el señorito.

MANDERS.—¡Ah! Es verdad. Me han dicho al desembarcar que Osvaldo estaba de regreso.

REGINA.—Llegó anteayer, pero no le esperábamos hasta hoy.

MANDERS.—¿Está bueno y sano?

REGINA.—Sí, está bien, gracias. Pero está muy cansado del viaje. Lo ha hecho directamente desde París, sin cambiar de tren. Me parece que debe dormir todavía. Mejor sería que hablásemos en voz baja.

MANDERS.—No hagamos ruido.

REGINA.—*(Acercando un sillón a la mesa.)* Siéntese usted, señor pastor, y descanse a gusto. *(El pastor se sienta y ella le pone un taburete para los pies.)* Así. ¿Está cómodo el señor pastor?

MANDERS.—Gracias, gracias. Estoy muy bien. *(Mirándola.)* ¿Sabes, señorita Engstrand, que me parece que has crecido mucho desde la última vez que nos vimos?

REGINA.—¿Lo cree así el señor pastor? La señora también dice que me he desarrollado.

MANDERS.—¿Desarrollado? Sí, tal vez sí. Aunque no sea más que un poco. *(Pausa.)*

REGINA.—¿Quiere usted que llame a la señora?

MANDERS.—Gracias. No tengo prisa, hija mía. Pero, dime, Regina, ¿en qué relaciones estás ahora con tu padre?

REGINA.—No van del todo mal. Gracias, señor pastor.

MANDERS.—La última vez que fue a la ciudad vino a verme.

REGINA.—¿De veras? Le gusta mucho poder hablar con el señor pastor.

MANDERS.—Y tú, ¿vas a verle alguna vez?

REGINA.—¿Yo? Sí, voy a verle cuando tengo tiempo libre.

MANDERS.—Tu padre no está fuerte, Regina. Necesita una mano que le conduzca.

REGINA.—Sí, puede ser.

MANDERS.—Necesita a su lado alguien a quien poder amar, alguien en cuyo cariño pueda confiar. Me lo confesó de un modo muy sincero la última vez que vino a verme.

REGINA.—Sí, algo me ha dicho. Pero no sé si la señora Alving me dejaría marchar, sobre todo ahora que tenemos el nuevo asilo que dirigir. Y a mí también me causaría pena tener que separarme de la señora Alving, que siempre fue tan buena para mí.

MANDERS.—Pero el deber filial, hija mía... Claro está que antes

tendríamos que obtener el permiso de la señora.

REGINA.—Además, no sé si está bien que una muchacha de mi edad gobierne la casa de un hombre solo.

MANDERS.—¿Qué dices? Es la casa de tu padre.

REGINA.—Es posible. Y sin embargo... Si se tratase de una buena casa, en casa de un hombre serio...

MANDERS.—Pero, mi querida Regina...

REGINA.—En casa de un hombre que pudiese inspirarme un afecto por encima de todo y al cual pudiese, por decirlo así, tratar como a padre...

MANDERS.—Sí, pero, querida y buena hija...

REGINA.—¡Ah! Si tuviese esa perspectiva, no me negaría a ir a la ciudad. Aquí es el aislamiento completo y el señor pastor sabe por experiencia lo que es estar solo. Además, tengo amor al trabajo y soy activa. ¿El señor pastor no conocería, por casualidad, alguna colocación así para mí?

MANDERS.—¿Yo? No, no conozco ninguna.

REGINA.—Pero, mi querido, mi buen señor pastor, si ocurriese que usted pensase... alguna vez en mí... entonces...

MANDERS.—No dejaría de hacerlo, señorita Engstrand.

REGINA.—Sí... porque si yo...

MANDERS.—¿Quieres hacer el favor de avisar a la señora?

REGINA.—No tardará en venir, señor pastor. *(Se va por la derecha.)*

MANDERS.—*(Se pasea por la habitación, va al fondo y mira hacia el jardín, con las manos a la espalda. Después vuelve a la mesa, coge un libro y lee el título. Movimiento de disgusto. Mira otros.)* ¡Oh! *(La señora Alving entra por la puerta de la derecha, seguida de Regina, que sale en seguida por la primera puerta de la izquierda.)*

SEÑORA ALVING.—(Dando la mano al pastor.) Bienvenido sea usted, señor pastor.

MANDERS.—Buenos días, señora. Aquí estoy cumpliendo mi promesa.

SEÑORA ALVING.—Siempre con la exactitud de un cronómetro.

MANDERS.—No crea usted que me ha costado poco trabajo escaparme. Todas las juntas y fundaciones de que formaba parte...

SEÑORA ALVING.—Por eso tiene más mérito haber venido tan temprano. Así podremos arreglar nuestros asuntos antes de comer. Pero, ¿dónde está la maleta?

MANDERS.—(Vivamente.) Mi equipaje está abajo, en casa del comerciante. Allí pasaré la noche.

SEÑORA ALVING.—(Reprimiendo una sonrisa.) ¿No quiere usted decidirse a pasar una noche en mi casa?

MANDERS.—No, no, señora; se lo agradezco mucho, pero prefiero dormir abajo, según costumbre. Es más cómodo para tomar el vapor.

SEÑORA ALVING.—Haga usted lo que quiera. Pero me parece que dos viejos como nosotros...

MANDERS.—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo puede usted decir eso? Por otra parte, es natural que tenga usted gana de broma en el día de hoy. Primero, la fiesta, y después, la vuelta de Osvaldo.

SEÑORA ALVING.—¡Sí! ¡Qué felicidad para mí! Hacía más de dos años que se había ido. Y me ha prometido pasar todo el invierno conmigo.

MANDERS.—¿De veras? Es un buen rasgo por parte suya y verdaderamente filial, porque supongo que debe de ser tentador vivir en París o en Roma.

SEÑORA ALVING.—Sí, pero aquí tiene a su madre. ¡Eso es! ¡Ah, mi querido, mi adorado hijo! ¡Bien puede decirse que su corazón es por completo de su madre!

MANDERS.—Sería muy triste, además, que la separación y el arte pudieran relajar lazos tan naturales.

SEÑORA ALVING.—Tiene usted razón; pero con él no hay peligro. Tengo curiosidad por ver si le reconoce usted. Poco tardará en bajar; ahora está descansando un poco sobre el sofá. Pero, siéntese usted, querido pastor.

MANDERS.—Gracias. ¿No la molesto?

SEÑORA ALVING.—Al contrario. (Se sienta junto a la mesa.)

MANDERS.—Muy bien, ahora voy a explicarle... (Coge su saco de viaje, que ha dejado sobre una silla; se sienta del lado opuesto de la mesa y busca una posición cómoda para colocar los papeles.) Para empezar... (Interrumpiéndose.) Dígame usted, señora Alving: ¿de dónde recibe usted esos libros?

SEÑORA ALVING.—¿Esos libros? Son los que leo.

MANDERS.—¿Usted lee obras de ese género?

SEÑORA ALVING.—Sí.

MANDERS.—¿Nota usted que esas lecturas la vuelven más buena o más dichosa?

SEÑORA ALVING.—Me parece que me dan más confianza en mí misma.

MANDERS.—Es extraño. ¿Y cómo puede ser eso?

SEÑORA ALVING.—Verá usted. Encuentro una explicación y una confirmación de muchas cosas que acostumbro a pensar y a rumiar a solas. Porque, fijese usted en esto, pastor Manders: lo más asombroso es que, en realidad, no se encuentra absolutamente nada nuevo en los libros. No hay en ellos sino lo que la mayoría de los hombres piensa y cree. Sólo que la mayor parte de los hombres no se da cuenta o no se quiere detener a pensar. Eso es todo.

MANDERS.—¡Ah! pero ¿cree usted en serio que la mayor parte de los...?

SEÑORA ALVING.—Sí, lo creo.

MANDERS.—¿Pero, no en nuestro país? ¿No, entre nosotros, por lo menos?

SEÑORA ALVING.—Sí, entre nosotros, igual que en cualquier otra parte.

MANDERS.—¡Oh, lo que es eso!

SEÑORA ALVING.—¿Pero, en realidad, qué tiene usted que reprocharle a esos libros?

MANDERS.—Nada. ¿No creará usted que voy a analizar esas obras?

SEÑORA ALVING.—Eso quiere decir que condena usted lo que no conoce.

MANDERS.—He leído lo que han dicho de esos libros, y me basta.

SEÑORA ALVING.—Sí, pero su opinión propia...

MANDERS.—Querida señora, hay casos en esta vida en que debemos atenernos al juicio ajeno. ¿Qué quiere usted? Es un hecho y así está bien. ¿Qué sería, si no, la sociedad?

SEÑORA ALVING.—Eso sí. Tal vez tenga usted razón.

MANDERS.—No niego que pueda haber algo atrayente en esos escritos. Ni puedo censurarla por querer conocer las corrientes intelectuales que, según dicen, atraviesan ese mundo..., por el cual ha dejado usted que viajase tanto tiempo su hijo. Pero...

SEÑORA ALVING.—¿Pero?

MANDERS.—(Bajando la voz.) Pero más vale no hablar de ello, señora Alving. No hay necesidad de contar a todo el mundo lo que se lee y lo que se piensa entre estas cuatro paredes.

SEÑORA ALVING.—No; naturalmente. Soy de su opinión.

MANDERS.—Recuerde usted las obligaciones que le impone ese asilo, que decidió usted edificar en una época en que sus ideas sobre el mundo moral diferían considerablemente de las que usted tiene hoy..., al menos por lo que puedo juzgar.

SEÑORA ALVING.—Sí, sí, estamos de acuerdo. Pero precisamente, a propósito del asilo...

MANDERS.—Sí, debíamos hablar del asilo... Es exacto. De modo... que mucha prudencia, querida se-

ñora. Y ahora, pasemos a nuestros negocios. (Abre un sobre y saca varios papeles.) ¿Ve usted esto?

SEÑORA ALVING.—¿Son los documentos?

MANDERS.—Todos en regla. No puede usted imaginarse las dificultades que he tenido que vencer para conseguirlo. He tenido, literalmente, que cansarme para alcanzarlo. Puede decirse que las autoridades son cruelmente concienzudas cuando han de resolver. Pero, en fin, aquí están los papeles. (Hojea el legajo.) Ésta es la escritura de la posesión de Enclos que forma parte de la finca de Rosenvold, con indicación de las nuevas edificaciones construidas, escuela, habitación de los maestros y capilla. Y ésta es la confirmación del legado y de los estatutos de la fundación. ¿Quiere usted verlo? (Lee.) Estatutos del asilo: "A la memoria del capitán Alving."

SEÑORA ALVING.—(Con la mirada fija durante largo rato sobre los papeles.) ¿De modo, que ya es un hecho?

MANDERS.—Elegí el título de capitán porque me pareció más humilde que el de chambelán.

SEÑORA ALVING.—Sí, sí, haga lo que crea usted más conveniente.

MANDERS.—Y ésta es la libreta de la Caja de Ahorros, en la que constan el capital y los intereses, destinados uno y otro a cubrir los gastos de la construcción.

SEÑORA ALVING.—Gracias; pero hágame usted el favor de guardarlos para mayor comodidad.

MANDERS.—Con mucho gusto. Al principio, soy de parecer que dejemos el dinero en la Caja de Ahorros. Lo que renta no es mucho, tres por ciento. Es claro que si más adelante conociésemos alguna colocación más ventajosa (debería ser, naturalmente, una primera hipoteca o un título completamente seguro) podríamos volver a hablar del asunto.

SEÑORA ALVING.—Sí, sí, querido pastor, usted entiende más que yo.

MANDERS.—De todos modos, estaré alerta sobre este particular. Pero hay otro asunto del que hace mucho tiempo quería hablar con usted.

SEÑORA ALVING.—¿Cuál?

MANDERS.—¿Conviene, o no, asegurar el asilo?

SEÑORA ALVING.—Naturalmente, sí.

MANDERS.—Espere usted un poco. Examinemos el asunto con calma.

SEÑORA ALVING.—En mi casa todo está asegurado: edificios, cosecha, ganado y mobiliario.

MANDERS.—Es muy natural. Se trata de su fortuna particular, y yo hago igual, claro está. Pero aquí se trata de un asunto completamente diferente. El asilo estará consagrado a un fin de orden superior.

SEÑORA ALVING.—Sí, pero esto no impide que...

MANDERS.—Por mi parte, no vería inconveniente alguno en prevenir cualquier eventualidad.

SEÑORA ALVING.—Eso es. Me parece natural.

MANDERS.—Pero, dígame usted. ¿En qué disposiciones se halla la localidad? ¿Qué piensan sus habitantes? Usted debe saberlo mejor que yo.

SEÑORA ALVING.—¡Oh, las disposiciones...!

MANDERS.—¿Existe alguna opinión autorizada, verdaderamente autorizada, que pueda criticar nuestra decisión?

SEÑORA ALVING.—¿Qué entiende usted por opinión autorizada?

MANDERS.—Personas que ocupen una posición bastante independiente y bastante influyente para que su opinión no sea despreciable.

SEÑORA ALVING.—Si se trata de ellos, sé que, en efecto, hay algunas personas que escandalizarían si...

MANDERS.—¡Ve usted! Entre nosotros, en la ciudad, abundan. Pien-

se usted en las ovejas de todos mis colegas. Se hallarían dispuestos a creer que ni usted ni yo tenemos fe en la Providencia.

SEÑORA ALVING.—Sí, pero usted, querido pastor, usted debe tener confianza en sí mismo.

MANDERS.—Sí, lo sé, lo sé. Tengo confianza en mí mismo. Pero no por eso podríamos evitar los comentarios malévolos y desfavorables. Y esos comentarios podrían llegar hasta borrar la obra misma.

SEÑORA ALVING.—¡Si así fuese!

MANDERS.—No quiero perder de vista la situación equívoca (casi me atrevería a llamar penosa) en que me podría encontrar. En los círculos influyentes de la ciudad se habla mucho de esta fundación. El asilo fue edificado en provecho de la ciudad. Esperamos que alivie mucho las cargas de la beneficencia pública. Y habiendo sido yo su consejero, el encargado de toda la parte administrativa, temo, lo confieso, ser el primer blanco de la envidia.

SEÑORA ALVING.—En efecto, no debe usted exponerse a ello.

MANDERS.—Sin contar con los ataques que me dirigirán ciertos papeles que...

SEÑORA ALVING.—Basta, mi querido pastor. Con la primera consideración basta.

MANDERS.—¿Cree usted, pues, que no debemos asegurar?

SEÑORA ALVING.—Sí, no lo aseguraremos.

MANDERS.—(Reclinándose en el asiento.) Pero, suponiendo que ocurriese una desgracia (de la cual nunca se puede estar seguro), ¿tomaría usted a su cargo reparar el desastre?

SEÑORA ALVING.—No; lo digo bien claramente: no.

MANDERS.—En ese caso, ¿sabe usted, señora Alving, que es una grave responsabilidad la que asumimos?

SEÑORA ALVING.—¿Podemos hacer otra cosa?

MANDERS.—No; en eso precisamente estriba la dificultad. A decir verdad, no podemos eludirla. No podemos, en realidad, exponernos a juicios desfavorables y no tenemos ningún derecho a escandalizar la opinión pública.

SEÑORA ALVING.—Usted, como sacerdote, desde luego no lo tiene.

MANDERS.—Además, creo sinceramente que, para una fundación como ésta, debemos contar con una buena estrella, diré más, con la protección del cielo.

SEÑORA ALVING.—Esperémoslo así, querido pastor.

MANDERS.—¿Debemos, pues, dejar las cosas como están?

SEÑORA ALVING.—Estoy convencida.

MANDERS.—Se hará, pues, como usted desea. (Escribiendo.) Decidimos, pues: no se asegura.

SEÑORA ALVING.—Es verdaderamente raro que haya usted esperado hasta hoy para hablarme de este asunto.

MANDERS.—Muchas veces pensé hablarle.

SEÑORA ALVING.—Es que, ayer precisamente, tuvimos un amago de incendio.

MANDERS.—¿Qué dice usted?

SEÑORA ALVING.—Afortunadamente no tuvo importancia. Unas virutas que se quemaron en el taller del carpintero.

MANDERS.—¿En el que trabaja Engstrand?

SEÑORA ALVING.—Sí; dicen que es, a veces, muy imprudente con las cerillas.

MANDERS.—¡Tiene tantas cosas en qué pensar el pobre! ¡Ha sufrido tanto! A Dios gracias, se esfuerza, según me han dicho, en llevar una vida irreprochable.

SEÑORA ALVING.—¿De veras? ¿Quién se lo ha dicho?

MANDERS.—El mismo me lo ha afirmado. Lo que puede asegurarse es que es un buen obrero.

SEÑORA ALVING.—Sí, cuando no bebe.

MANDERS.—¡Ah, maldita debilidad! Pero, según él asegura, la mayor parte de las veces tiene la culpa la pícara pierna. La última vez que vino verme me conmovió. Vino a darme las gracias con efusión por haberle encontrado trabajo, precisamente aquí, donde podía ver con frecuencia a Regina.

SEÑORA ALVING.—Pues no la ve muy a menudo.

MANDERS.—Se equivoca usted. La ve todos los días. Me lo ha asegurado él mismo.

SEÑORA ALVING.—Es posible.

MANDERS.—Sabe que necesita que alguien le sujete cuando llega la tentación. Lo que más conmueve en Jacobo Engstrand es que viene él mismo a acusarse y a recriminarse por su debilidad. La última vez que vino a verme... Oiga usted, señora Alving... me confesó que sería gran felicidad para él tener a su lado a Regina...

SEÑORA ALVING.—(Levantándose vivamente.) ¡Regina!

MANDERS.—Usted no debiera oponerse.

SEÑORA ALVING.—Al contrario, me opondré. Además, Regina es necesaria para el asilo.

MANDERS.—Pero acuérdesse usted de que Engstrand es su padre. ¡Sé más que nadie de este asunto!

SEÑORA ALVING.—¡Un padre como ése! No, nunca con mi consentimiento irá a vivir con él.

MANDERS.—(Levantándose.) Querida señora, no tome el asunto con tanto calor. Le aseguro que me da pena ver que desprecia usted hasta ese punto a Engstrand. Parece realmente que tiene usted miedo de...

SEÑORA ALVING.—(Con más calma.) No importa. Recogí a Regina en casa y en casa debe seguir. (Calla y escucha.) ¡Psit! Querido pastor, ni una palabra más sobre este asunto. (Demostrando alegría.) Oiga usted. Es Osvaldo que baja. No pensemos más que en él.

(Oswaldo Alving, en saqué, sombrero en mano y fumando una gran pipa de ámbar, entra por la puerta de la izquierda.)

OSVALDO.—(Parándose en el dintel.) ¡Oh, perdón! Creí que estaban en el despacho. (Acercándose.) Buenos días, señor pastor.

MANDERS.—(Mirándole fijamente.) Es sorprendente.

SEÑORA ALVING.—¿Qué dice usted, pastor?

MANDERS.—Digo... digo... ¿Pero es él realmente?

OSVALDO.—Sí, es realmente el hijo pródigo, señor pastor.

MANDERS.—Pero mi querido, mi joven amigo...

OSVALDO.—El niño perdido y hallado, si lo prefiere usted.

SEÑORA ALVING.—Oswaldo se refiere a la época en que usted se oponía de manera tan tenaz a que fuese pintor.

MANDERS.—¡Hay tantas decisiones que parecen temerarias a los ojos humanos y que después...! (Dándole la mano.) En fin, sea usted bienvenido. ¿Me permite usted, querido Oswaldo, que le siga llamando por su nombre?

OSVALDO.—¿Cómo querría usted llamarme si no?

MANDERS.—Bien. Le ruego, mi querido Oswaldo, que no crea que condeno en absoluto la carrera del artista. Reconozco que en esa profesión, igual que en cualquier otra, hay almas que escapan a la corrupción.

OSVALDO.—Esperémoslo así.

SEÑORA ALVING.—(Con gran alegría.) Conozco una que se ha librado en cuerpo y en alma. Mírela usted, señor pastor.

OSVALDO.—(Paseándose por la escena.) Está bien, está bien, mamá; pero hablemos de otra cosa.

MANDERS.—No puede negarse, en efecto... Además, empieza usted a hacerse un hombre. Los periódicos han hablado frecuentemente de usted y con los mayores elogios. Aun-

que en estos últimos meses no hemos leído nada.

OSVALDO.—(Que se ha acercado a las flores.) Últimamente no podía trabajar de una manera continua.

SEÑORA ALVING.—El pintor tiene, como los demás, derecho al descanso.

MANDERS.—Ya lo creo, se prepara, recoge fuerzas para alguna obra grande.

OSVALDO.—Sí... Madre, ¿comemos pronto?

SEÑORA ALVING.—Dentro de media hora. No le falta el apetito, a Dios gracias.

MANDERS.—Ni la afición al tabaco.

OSVALDO.—Encontré arriba la pipa de mi padre y...

MANDERS.—¡Ah, eso es!

SEÑORA ALVING.—¿Qué quiere usted decir?

MANDERS.—Al ver a Oswaldo en la puerta, con la pipa en la boca, me pareció enteramente que veía a su padre, en carne y hueso.

OSVALDO.—¿De veras?

SEÑORA ALVING.—¿Pero, cómo dice usted? Oswaldo no se parece más que a mí.

MANDERS.—Sí, pero hay un rasgo, en los extremos de la boca, algo en los labios, que había yo observado ya en Alving...

SEÑORA ALVING.—Al contrario. A mí me parece que Oswaldo tiene en la boca un rasgo sacerdotal.

MANDERS.—Es verdad, es verdad, algunos colegas tienen un rasgo semejante.

SEÑORA ALVING.—Pero, deja la pipa, hijo mío; no me gusta el humo en esta habitación.

OSVALDO.—(Obedeciendo.) Con mucho gusto. Quise probarla. Es que, siendo niño, había ya fumado en ella una vez.

SEÑORA ALVING.—¿Tú?

OSVALDO.—Sí; era entonces muy pequeño. Recuerdo que una noche en que entré en la habitación de

mi padre y en que él estaba muy alegre, muy animado...

SEÑORA ALVING.—¡Oh, tú no te puedes acordar de aquel tiempo!

OSVALDO.—Sí, me acuerdo perfectamente. Me sentó en sus rodillas y me puso la pipa en la boca. "Fuma, muchacho, me dijo: animate, una buena chupada." Y fumé cuanto pude hasta que sentí que se me iba el color y que el sudor corría por mi frente. Entonces se echó a reír a carcajadas.

MANDERS.—Es muy raro.

SEÑORA ALVING.—Amigo mío, Oswaldo debe haberlo soñado.

OSVALDO.—No, madre, no es un sueño. La prueba es ¿no te acuerdas?, que entraste y que me llevaste a mi habitación. Allí me encontré mal y vi que llorabas. ¿Acostumbraba papá a gastar esas bromas?

MANDERS.—En su juventud fue hombre de ingenio.

OSVALDO.—Y sin embargo, ha realizado muchas cosas en este mundo, muchas cosas útiles y buenas, en el poco tiempo que vivió.

MANDERS.—Sí, es verdad. Lleva usted el apellido de un hombre digno y activo, Oswaldo Alving. Esperemos que sea para usted motivo de aliento, de estímulo...

OSVALDO.—Debe serlo, en efecto.

MANDERS.—De todos modos es muy digno por parte de usted haber regresado en un día consagrado a su memoria.

OSVALDO.—No podía dejar de hacerlo.

SEÑORA ALVING.—Y podré tenerle a mi lado mucho tiempo, lo que es más halagüeño para mí.

MANDERS.—Sí, me han dicho que se queda usted todo el invierno.

OSVALDO.—Vine por tiempo indeterminado. ¡Qué gusto da volver a casa!

SEÑORA ALVING.—(Con gran alegría.) ¿No es verdad, querido hijo mío?

MANDERS.—(Mirándole con interés.) Era usted muy joven, querido Oswaldo, cuando empezó usted a recorrer el mundo.

OSVALDO.—Es verdad. A veces me pregunto si en efecto no era demasiado joven.

SEÑORA ALVING.—Al contrario, siempre es provechoso para un muchacho despejado, y sobre todo, para un hijo único. Es malo permanecer en el hogar entre padre y madre, y ser un niño mimado.

MANDERS.—Es un problema de difícil resolución, señora Alving. Siempre, y a pesar de todo, el hogar será la verdadera patria del niño.

OSVALDO.—En eso sí que opino como el pastor.

MANDERS.—Fíjese si no en su propio hijo. Sí, podemos hablar delante de él. ¿Cuál fue el resultado para él? Que tiene veintiséis o veintisiete años y hasta ahora no ha tenido ocasión de conocer la verdadera vida de familia...

OSVALDO.—Perdóneme usted, señor pastor. Está usted completamente equivocado.

MANDERS.—¿De veras? Creí que usted sólo habría frecuentado los círculos artísticos.

OSVALDO.—Eso es exacto.

MANDERS.—Y con preferencia los de los artistas jóvenes.

OSVALDO.—Eso es.

MANDERS.—Y creí que la mayor parte no tendría recursos para fundar una familia y para constituir un hogar.

OSVALDO.—Hay algunos que no pueden casarse, señor pastor.

MANDERS.—Pues eso es precisamente lo que digo.

OSVALDO.—Pero eso no les impide tener un hogar..., y a veces lo tienen..., y muy ordenado y muy cómodo.

SEÑORA ALVING.—(Atenta a sus palabras, las aprueba con signos de cabeza sin decir nada.)

MANDERS.—No me refiero a hogares de soltero. Llamo hogar, ho-

gar doméstico, a aquél en que un hombre vive con su mujer y sus hijos.

OSVALDO.—Sí; o con sus hijos y con la madre de sus hijos.

MANDERS.—(Con sobresalto y juntando las manos.) Pero... ¡Misericordia!

OSVALDO.—¿Qué?

MANDERS.—¿Vivir... con la madre de sus hijos?

OSVALDO.—Sí; ¿preferiría usted que la abandonara?

MANDERS.—¿De manera que habla usted de uniones ilegítimas, de falsos matrimonios, como se dice?

OSVALDO.—Nunca noté nada falso en las relaciones de su vida en común.

MANDERS.—Pero, ¿cómo es posible que un hombre y una joven que tengan... aunque sólo sea un poco de educación, se acostumbren a vivir así a los ojos del mundo?

OSVALDO.—¿Y qué quiere usted que hagan? Un artista pobre... una joven pobre. Hace falta mucho dinero para casarse. ¿Qué quiere usted que hagan?

MANDERS.—¿Qué quiere usted que hagan? Oiga usted, señora Alving; voy a decirle lo que deben hacer... Deben empezar por vivir lejos el uno del otro, desde el principio...; eso quiero que hagan.

OSVALDO.—Esas palabras no nos convencerían a nosotros los jóvenes, apasionados y enamorados.

SEÑORA ALVING.—No; es verdad. No conseguirían nada.

MANDERS.—(Insistiendo.) ¡Y las autoridades lo toleran, lo permiten! (Volviéndose a la señora Alving.) ¿Tenía razón al inquietarme profundamente por su hijo?... En los círculos en que la inmoralidad se presenta descaradamente, en que adquiere, por decirlo así, carta de ciudadanía...

OSVALDO.—He de confesarle, además, señor pastor, que visitaba asiduamente uno de esos hogares irregulares, en el que pasaba casi todos los domingos.

MANDERS.—¡Y además los domingos!

OSVALDO.—Sí; es el día del descanso. Pero jamás les oí una palabra inconveniente, ni mucho menos fui jamás testigo de nada que pudiera ser tachado de inmoral. No. ¿Sabe usted cómo y cuándo encontré inmoralidad en los círculos artísticos?

MANDERS.—No; a Dios gracias, no sé nada.

OSVALDO.—Pues me voy a permitir decírselo: la he encontrado cuando alguno de esos maridos y padres de familia modelo han venido a casa de los artistas a emanciparse un poco, y se ha dignado honrar con su visita aquellos humildes hogares. ¡Entonces sí que nos enterábamos de cosas curiosas! Esos señores nos iniciaban, nos contaban hechos y cosas en los cuales jamás hubiésemos pensado.

MANDERS.—¿Cómo? ¿Pretende usted que hombres honorables de esos países...?

OSVALDO.—¿Ha oído usted a alguno de esos hombres honorables, al regresar a su país, contar la inmoralidad que reina en los países extranjeros?

MANDERS.—Sí; naturalmente.

SEÑORA ALVING.—También yo les he oído.

OSVALDO.—¡Ah, ya lo creo! Pueden ustedes creerles sin que lo juren. Hay algunos que son profundamente conocedores. (Cogiéndose la cabeza entre las manos.) ¿Es posible que se pueda así cubrir de lodo la hermosa, la digna, la libre existencia de allá?

SEÑORA ALVING.—No te exaltes, Osvaldo. Te puede sentar mal.

OSVALDO.—No; tienes razón, madre. Me sienta mal. Ya ves, es el maldito cansancio. Voy a dar un paseito antes de almorzar. Perdóneme usted, señor pastor. Usted no lo puede comprender. Pero no me he podido dominar. (Vase por la puerta de la izquierda.)

SEÑORA ALVING. — ¡Pobre hijo mío!

MANDERS.—Sí. Me gusta que lo reconozca usted. ¡A qué extremo ha llegado! (La señora Alving le mira, callando.) (Manders, paseándose por la escena.) ¡Hijo pródigo se llamó! Desgraciadamente, sí. Desgraciadamente, sí. (La señora Alving sigue mirándole.) ¿Y usted qué dice a todo esto?

SEÑORA ALVING.—Digo que Osvaldo tiene razón desde el principio hasta el fin.

MANDERS.—(Con sobresalto.) ¡Razón! ¿Razón para sostener esas teorías?

SEÑORA ALVING.—Aquí, en la soledad, he llegado a pensar como él, señor pastor, aunque no me he atrevido a profundizar en esta cuestión. Pero mi hijo hablará por mí.

MANDERS.—Es usted digna de compasión, señora Alving. Oígame usted. Vamos a hablar seriamente. En este momento no tiene usted ante sí al administrador, al consejero, al amigo de la juventud y al de su marido: es el sacerdote el que habla, como lo hizo en la hora del mayor extravío de su vida.

SEÑORA ALVING.—¿Y qué tiene que decirme el sacerdote?

MANDERS.—Quiero, ante todo, despertar su recuerdo, señora. El momento no puede estar mejor elegido: mañana es el décimo aniversario de la muerte de su marido. Mañana se descorrerá el velo del monumento que debe honrar su memoria. Mañana me dirigiré a todo el pueblo; pero ahora quiero hablarle a usted sola.

SEÑORA ALVING.—Bien, señor pastor. Hable usted.

MANDERS.—¿Se acuerda usted de que, apenas transcurrido el primer año de su casamiento, se encontró usted al borde del abismo, que huyó usted del hogar... que abandonó usted a su marido? Sí, señora Alving: abandonado, abandonado, y se negaba usted a regresar a su ho-

gar, a pesar de todos los ruegos, a pesar de todas las súplicas...

SEÑORA ALVING.—¿Olvida usted lo desgraciada que fui en aquel primer año?

MANDERS.—Buscar la felicidad en esta vida es el verdadero espíritu de rebelión. ¿Qué derecho tenemos a la felicidad? No, nosotros debemos cumplir con nuestro deber, y su deber era vivir con el hombre que había usted elegido y al que le unían lazos sagrados.

SEÑORA ALVING.—Usted sabe la vida que llevaba Alving en aquella fecha y de qué desórdenes fue culpable.

MANDERS.—Sé los rumores que corrían, y lejos de mi ánimo aprobar la conducta de su juventud, si es que esos rumores tenían fundamento. Pero una mujer jamás se debe erigir en juez de su marido. Su deber era soportar con humildad la cruz que tuvo a bien imponerle la voluntad que está por encima de nosotros. En lugar de esto, usted se rebeló, usted arrojó la cruz, abandonó al ser débil que tenía la obligación de sostener. Desertó usted, exponiéndose a perder la reputación de su nombre, y además estuvo usted a punto de comprometer la reputación de los demás.

SEÑORA ALVING.—¿De los demás? De otro, querrá usted decir.

MANDERS.—¿No fue una ligereza venir a refugiarse a mi casa?

SEÑORA ALVING.—¿La casa de nuestro sacerdote? ¿Del amigo de nuestra casa?

MANDERS.—Precisamente por eso. Sí, puede usted dar gracias a Dios Nuestro Señor, porque tuve la energía necesaria para apartarla de sus exaltados propósitos y para conducirla al camino del deber y a casa de su esposo legítimo.

SEÑORA ALVING.—Sí, pastor Manders. Ésa fue, ciertamente, su obra.

MANDERS.—No fui más que humilde instrumento en manos del Todopoderoso. ¡Y la felicidad que

tuve devotiéndola al deber y a la obediencia, qué bendición no fue para usted en todo el resto de su vida! ¿No se arregló todo, conforme se lo había predicho a usted? ¿Alving no se despidió de todos los desarreglos de su vida como correspondía a un hombre? Y el resto de los días, ¿no se deslizó con el amor suyo y al abrigo de toda censura? ¿No fue el bienhechor del distrito y no la fue elevando poco a poco a usted misma, hasta ser una especie de colaboradora suya? ¡Y una excelente colaboradora! ¡Lo sé, señora Alving, y no le regateo mis elogios! Pero vengamos al que, después de éste, ha sido el mayor error de su vida.

SEÑORA ALVING.—¿Qué quiere usted decir?

MANDERS.—Igual que un día renegó usted de sus deberes de esposa, renegó usted más tarde de sus deberes de madre.

SEÑORA ALVING.—¡Ah!

MANDERS.—Siempre la dominó una invencible confianza en sí misma. Siempre tendió usted a libertarse de todo yugo y de toda ley. Nunca quiso usted soportar cadena alguna, fuese de la clase que fuese. Cuanto le molestaba en la vida lo apartaba sin pensar, sin vacilación, como fardo insoportable, no atendiendo más que a su comodidad. No le convenía ser esposa, y se libraba usted de su marido. Le parecía molesto ser madre, y enviaba usted su hijo al extranjero.

SEÑORA ALVING.—Es verdad, eso hice.

MANDERS.—Así ha llegado usted a ser una persona extraña para él.

SEÑORA ALVING.—No, no, se equivoca usted.

MANDERS.—No me equivoco, y es natural. ¿Por qué ha sido esto? Reflexione usted bien, señora Alving. Usted fue culpable con su marido: así lo reconoce usted elevando ese monumento a su memoria... Reconozca usted los yerros cometidos con su hijo; tal vez sea tiempo de

llevarle al buen camino. Vuelva usted hacia atrás y enderece en él lo que todavía puede enderezarse. (*Levantando el índice.*) Porque yo se lo afirmo con toda sinceridad, señora Alving: es usted una madre culpable. He considerado que era mi deber declarárselo así. (*Pausa.*)

SEÑORA ALVING.—(*Con calma, procurando dominarse.*) Ha dicho usted, señor pastor, que mañana hablaría usted en público para honrar la memoria de mi marido. Yo no hablaré mañana. Pero hoy, también tengo yo que hacer algunas revelaciones...

MANDERS.—Como es natural, usted procurará buscar alguna excusa a sus actos.

SEÑORA ALVING.—No; me contentaré con contarle algunos hechos.

MANDERS.—A ver.

SEÑORA ALVING.—En cuanto acaba usted de hablar de mi marido, de mí y de nuestra vida en común, desde que usted me hizo entrar en el camino del deber (usando las mismas palabras) no hay nada que sepa usted por sí mismo. Desde aquel momento, en efecto, usted, nuestro visitante asiduo, antes, no volvió a poner los pies en casa.

MANDERS.—Usted y su marido se fueron después de la ciudad.

SEÑORA ALVING.—Sí, y en vida de mi marido, nunca vino usted a vernos aquí. Los asuntos del asilo únicamente le obligaron.

MANDERS.—(*En voz baja y temblorosa.*) Elena..., si eso es un reproche..., le ruego que reflexione...

SEÑORA ALVING.—...en los miramientos que le imponía su estado: sí. Y, además, yo era la mujer que había abandonado a su marido. Nunca se está bastante lejos de mujeres de esa clase...

MANDERS.—Querida... señora Alving..., hay una exageración tan manifiesta...

SEÑORA ALVING.—Bueno, bueno, dejemos eso. Lo que quiero decirle es que, al juzgar mi vida privada,

no hace usted más que repetir lo que se dice por ahí.

MANDERS.—Bueno, sí. ¿Hay algo más?

SEÑORA ALVING.—Manders, quiero que sepa usted hoy toda la verdad. Había jurado que la sabría usted algún día. ¡Usted solo!

MANDERS.—¿Y qué verdad es esa?

SEÑORA ALVING.—La verdad es que mi marido murió en el desenfreno, en el cual siempre vivió.

MANDERS.—(*Apoyándose en el respaldo de la silla.*) ¿Qué dice usted?

SEÑORA ALVING.—Desenfreno tan terrible después de diez y nueve años de matrimonio como en vísperas de nuestro casamiento.

MANDERS.—¿Cómo? ¿Llama usted desenfreno a los extravíos de la juventud, a las irregularidades, los escándalos, si prefiere usted la palabra?

SEÑORA ALVING.—Es la palabra que empleaba nuestro médico.

MANDERS.—Ahora sí que no la comprendo.

SEÑORA ALVING.—Es inútil que me comprenda usted.

MANDERS.—La cabeza me da vueltas. ¿De modo que su matrimonio, esa comunidad de tantos años con su marido, no fue más que un velo que encubría el abismo?

SEÑORA ALVING.—Ni más, ni menos. Ahora ya lo sabe usted.

MANDERS.—Esto... Ha de pasar mucho tiempo antes de que pueda darme cuenta exacta de todo. ¡No comprendo absolutamente nada! Esto es superior a mí. Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo pudo permanecer oculta una cosa así?

SEÑORA ALVING.—Para que no se divulgara el secreto, tuve que sostener una lucha constante. Después del nacimiento de Osvaldo, pareció iniciarse una mejoría en Alving, pero duró poco. Después tuve que sostener una lucha doble para que nadie pudiera saber quién era el padre de mi hijo. Además, usted

sabe que Alving sabía captarse las simpatías de todos. Nadie podía sospechar nada malo de él. Pertenecía a esa clase de hombres en los cuales no puede prender la maledicencia. Pero, por fin, Manders, es necesario que lo sepa usted todo, cometió una abominación mucho mayor que las demás.

MANDERS.—¿Mayor que todas?

SEÑORA ALVING.—Todo lo sufría yo con paciencia, con tal de cerrar los ojos a lo que pasaba fuera de casa; pero cuando el escándalo se instaló entre estas cuatro paredes...

MANDERS.—¿Qué dice usted, Dios mío?

SEÑORA ALVING.—Sí, aquí, en nuestro propio hogar. Allí fue (*Señalando a la primera puerta de la izquierda.*) donde recibí la primera revelación un día que tenía que hacer en esta sala. Vi a la criada que entraba con agua para regar las flores...

MANDERS.—¿Y qué?

SEÑORA ALVING.—Poco después, Alving vino también. Le oí que hablaba en voz baja a esa muchacha. Después oí una risa aguda, aún resuena en mi oído, desgarradora y ridícula a la vez, oí a mi propia criada murmurar: "Déjeme usted, déjeme usted ya, señor chambelán."

MANDERS.—¡Qué ligereza tan imperdonable! Porque no fue más que una ligereza. Puede usted creerlo, señora Alving.

SEÑORA ALVING.—Lo que debía creer, pronto lo supe. El chambelán consiguió el fin que se proponía con la muchacha, y esta unión, señor pastor, dio sus frutos.

MANDERS.—(*Petrificado.*) ¡Y todo en esta casa! ¡En esta misma casa!

SEÑORA ALVING.—¡He soportado tantas cosas en esta casa! Para retenerle por las tardes y por las noches tuve que convertirme en compañera de sus orgías secretas, allá, en su habitación. He tenido que sentarme, enfrente de él, en la misma mesa, brindar y beber con él.

oír sus tonterías, y luchar cuerpo a cuerpo con él, para conseguir meterlo en la cama.

MANDERS.—(Conmovido.) ¡Y usted pudo soportar todo esto!

SEÑORA ALVING.—Tenía un hijo. Por él lo sufrí todo. Pero, al recibir el último ultraje, cuando vi a mi propia muchacha..., juré que todo esto acabaría. Entonces tomé el mando de la casa, el mando sobre todo, sobre él y sobre lo demás. Es que en aquel momento tenía un arma contra él y él no se atrevía ni a moverse. Entonces fue cuando enviamos a Osvaldo fuera de aquí. Iba a cumplir siete años y empezaba a observar y a preguntar como hacen los niños. Todo esto, Manders, no lo podía sufrir. Me parecía que el niño iba a envenenarse en este ambiente de podredumbre. Por eso le envié lejos. Ahora comprenderá usted por qué no volvió a poner los pies en esta casa, mientras vivió su padre. Nadie sabe el sufrimiento que esto me ha costado.

MANDERS.—Realmente, ha tenido usted de la vida una experiencia muy dura.

SEÑORA ALVING.—No hubiera podido resistirlo si no hubiera tenido un deber que cumplir. ¡Ah, puedo decir que he trabajado! ¿Cree usted que Alving podía obtener todos los resultados, las posesiones aumentadas, las mejoras en las fincas, todas las obras útiles de las cuales recogió el honor y la gloria? ¡Él, que desde la mañana hasta la noche estaba tendido en un sofá, engolfado en la lectura de un antiguo almanaque oficial! No, quiero que sepa usted más; era yo la que le obligaba en sus horas de lucidez, era yo la que debía soportar todo el peso, cuando se hundía, según costumbre, en el desorden, o se abismaba en un marasmo sin nombre.

MANDERS.—¿Y en memoria de este hombre eleva usted un monumento?

SEÑORA ALVING.—Para que vea

usted hasta dónde llega una conciencia intranquila.

MANDERS.—¿Intranquila? ¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA ALVING.—Siempre creí que la verdad tendría que saberse y que acabaría por ser conocida de todos. De modo que este asilo estaba destinado, en parte, a acallar todos los rumores y a desvanecer todas las sospechas.

MANDERS.—Y ha conseguido su objeto, señora Alving.

SEÑORA ALVING.—Y, además, me guiaba otro móvil: no quería que Osvaldo heredara nada de su padre, fuese lo que fuese.

MANDERS.—¿De modo que fue con la herencia de Alving con la que...?

SEÑORA ALVING.—Sí, las cantidades que, año tras año, he consagrado al asilo, constituyen —lo he calculado exactamente— el importe de un capital que, en otro tiempo, hizo considerar al capitán Alving como un buen partido.

MANDERS.—Comprendo...

SEÑORA ALVING.—Ese dinero fue el precio de la compra. No quiero que pase a manos de Osvaldo. Mi hijo lo debe recibir todo de mí.

(Osvaldo entra por la segunda puerta de la izquierda; ha dejado en el vestíbulo el abrigo y el sombrero.)

SEÑORA ALVING.—(Yendo a su encuentro.) ¿Ya estás de vuelta, querido hijo mío?

OSVALDO.—Sí. ¿Qué puede hacerse fuera de casa con esta lluvia continua? Pero he oído decir que íbamos a almorzar. ¡Buena noticia!

REGINA.—(Viene del comedor con un paquete en la mano.) Esto han traído para la señora. (Entrega el paquete a la señora Alving.)

SEÑORA ALVING.—(Mirando al pastor.) Los himnos para la fiesta de mañana, sin duda.

MANDERS.—¡Oh!...

REGINA.—Además, la señora está servida.

SEÑORA ALVING.—Está bien, vamos en seguida. Quiero solamente... (Se pone a abrir el paquete.)

REGINA.—(A Osvaldo.) ¿El señor Alving desea el oporto, blanco o tinto?

OSVALDO.— Los dos, señorita Engstrand.

REGINA.—Bien..., muy bien, señor Alving. (Vuelve a entrar en el comedor.)

OSVALDO.—Puedo ayudarla a descorchar. (La sigue al comedor, cuya puerta queda entreabierta.)

SEÑORA ALVING.—(Después de haber abierto el paquete.) Sí, son los himnos, pastor.

MANDERS.—(Juntando las manos.) ¿Cómo podré tener el espíritu bastante tranquilo mañana para pronunciar mi discurso? ¡Vaya un compromiso!

SEÑORA ALVING.—Ya sabrá usted salir de él.

MANDERS.—(Bajando la voz para que no le oigan en el comedor.) ¿Qué quiere usted? Nosotros no debemos provocar el escándalo.

SEÑORA ALVING.—(Bajando la voz, pero con energía.) No; pero

será el fin de esta larga y vil comedia. Desde pasado mañana comenzaré a vivir como si el difunto jamás hubiese existido. No quedarán aquí más que madre e hijo.

(Se oye en el comedor el ruido de una silla que cae y rumor de palabras.)

REGINA.—(Con voz ahogada, pero chillona.) Osvaldo, ¿pero te has vuelto loco? ¡Déjame!

SEÑORA ALVING.—(Retrocediendo con espanto.) ¡Ah!

(Fija la mirada extraviada en la puerta entreabierta. Se oye a Osvaldo toser y reírse. Ruido de una botella que se descorcha.)

MANDERS.—(Indignado.) Pero, ¿qué quiere decir...? ¿Qué significa esto, señora Alving?

SEÑORA ALVING.—(Con voz dominada por la emoción.) Son los espectros... La pareja del jardín que vuelve.

MANDERS.—¿Qué dice usted?... ¿Regina?... ¿Acaso sería ella?...

SEÑORA ALVING.—Sí; venga usted. ¡Silencio! (Coge el brazo del pastor Manders y se dirige con paso vacilante al comedor.)

ACTO SEGUNDO

Igual decoración que en el acto anterior. El cielo sigue cubierto por espesa bruma. El pastor Manders y la señora Alving salen del comedor.

SEÑORA ALVING.—¿Vienes, Osvaldo?

OSVALDO.—(Desde dentro.) No, gracias; voy a dar una vueltecita.

SEÑORA ALVING.—Está bien. Sal antes de que vuelva a empezar el aguacero. (Cierra la puerta del comedor, se va a la del vestíbulo y llama.) Regina.

REGINA.—(Desde dentro.) ¿Señora?

SEÑORA ALVING.—Vete al lavadero, a ayudar a colocar las guirnaldas.

REGINA.—Sí, señora.

SEÑORA ALVING.—(Se asegura de que Regina ha salido, y después cierra la puerta.)

MANDERS.—¿No puede oír nada desde donde está?

SEÑORA ALVING.—Estando la puerta cerrada, no. Además, va a salir.

MANDERS.—Estoy aún anonadado. No sé ni cómo pude tragar bocado.

SEÑORA ALVING.—(Paseándose por la escena y procurando serenarse.) Ni yo. Pero ¿qué hacer?

MANDERS.—¿Qué hacer, en efecto? Confieso que no lo sé. ¡Tengo tan poca experiencia en esta clase de asuntos!

SEÑORA ALVING.—Estoy completamente segura de que todavía no hay nada...

MANDERS.—No. ¡Dios nos libre!

Pero esas familiaridades son muy inconvenientes.

SEÑORA ALVING.—Puede usted estar seguro de que no se trata más que de un simple capricho de Osvaldo.

MANDERS.—Ya he dicho que entendía poco de estos asuntos. Sin embargo, me parece...

SEÑORA ALVING.—Lo que no tiene duda es que ella debe dejar esta casa cuanto antes.

MANDERS.—Naturalmente.

SEÑORA ALVING.—¿Pero, dónde irá? No podemos asumir la responsabilidad de que...

MANDERS.—Puede ir simplemente a casa de su padre.

SEÑORA ALVING.—¿A casa de quién, dice usted?

MANDERS.—A casa de su... Pero, no; es verdad. Engstrand no es su... Pero por Dios, señora, ¿cómo es posible? Vaya, usted debió haberse equivocado.

SEÑORA ALVING.—Desgraciadamente no me equivoqué. Juana tuvo que confesármelo y Alving no pudo negar. Lo único que podíamos hacer era ahogar el escándalo.

MANDERS.—Evidentemente no se podía hacer otra cosa.

SEÑORA ALVING.—La muchacha se fue en seguida de casa, después de haber recibido por su silencio una cantidad no despreciable. Ya con esto, ella supo desenvolverse en

la ciudad. Volvió a reanudar relaciones con el carpintero Engstrand, al que dio a entender el dinero que tenía y al que hizo creer aquella historia de un extranjero que vino el verano anterior en un *yatch*. Y he aquí cómo se casaron ella y Engstrand, de la noche a la mañana. Y fue usted mismo quien les echó la bendición.

MANDERS.—Pero, ¿cómo explicarse...? Sí, recuerdo perfectamente la actitud de Engstrand cuando vino a hablarme de este matrimonio. ¡Parecía tan profundamente arrepentido y se reprochaba con tanta amargura de la ligereza que tanto él como su prometida habían cometido...!

SEÑORA ALVING.—Tenía por fuerza que declararse culpable.

MANDERS.—¡Pero toda esta hipocresía..., y conmigo! ¡Nunca lo hubiera esperado de Jacobo Engstrand! ¡Ah, él me dará explicaciones! ¡Y seré inflexible! ¡Puede estar seguro! ¡Y, además, qué unión más inmoral! ¡Y por dinero! ¿Qué cantidad pudo ofrecerle la muchacha?

SEÑORA ALVING.—Trescientos escudos.

MANDERS.—¡Hay que ver! ¡Por trescientos escudos casarse con una mujer perdida!

SEÑORA ALVING.—¿Qué dirá usted entonces de mí, que dejé que me casaran con un hombre perdido?

MANDERS.—¡Dios me perdone! ¿Qué dice usted? ¿Con un hombre perdido?

SEÑORA ALVING.—¿Cree usted, acaso, que Alving era más puro cuando le acompañé al altar que Juana cuando se casó con Engstrand?

MANDERS.—Los dos casos son de tal modo diferentes...

SEÑORA ALVING.—No lo crea usted. No había más que una diferencia: por una parte, trescientos miserables escudos, y por la otra, una fortuna.

MANDERS.—Pero ¿cómo puede usted comparar dos cosas tan distin-

tas? ¿No tomó usted consejos de parientes? ¿No sondeó su propio corazón?

SEÑORA ALVING.—(Sin mirarle.) Creí que habría usted adivinado los sentimientos de mi corazón, como usted dice, en aquella época.

MANDERS.—(Con austeridad.) Si lo hubiera adivinado no habría sido visitante diario en casa de su marido.

SEÑORA ALVING.—En fin, lo cierto es que no había examinado mis sentimientos.

MANDERS.—Bueno; pero usted siguió las costumbres establecidas, pidiendo consejo a sus parientes más próximos: a su madre y a sus dos tías.

SEÑORA ALVING.—Es verdad. Ellas fueron las que concertaron el asunto, y no yo. ¡Estaban tan convencidas de que hubiera sido una locura rechazar una proposición semejante! ¡Si mi madre pudiera levantar cabeza y ver en qué pararon todos aquellos esplendores!

MANDERS.—Nadie puede responder del porvenir. Lo cierto es que su casamiento se concertó según lo prescrito.

SEÑORA ALVING.—(Desde la ventana.) ¡Ah, esas prescripciones...! ¡A veces me parece que son causa de todas las desgracias de este mundo!

MANDERS.—Señora Alving, ahora comete usted un pecado.

SEÑORA ALVING.—Es posible. Pero todos esos compromisos, todos esos miramientos se han vuelto para mí insoportables. No puedo... Quiero desligarme de ellos, quiero mi libertad.

MANDERS.—¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA ALVING.—(Golpeando los cristales con los dedos.) No debí jamás arrojar mi manto para cubrir las desnudeces de la vida de Alving. Pero era tan cobarde, que no me atrevía a hacer otra cosa, hasta por consideración personal mía.

MANDERS.—¿Cobarde?

SEÑORA ALVING.—Si se hubiera sabido algo, hubieran dicho: "¡Pobre hombre! ¡Es natural que se extravíe! ¡Con una mujer así, con una mujer que le abandona!"

MANDERS.—Hubieran tenido alguna razón para decirlo.

SEÑORA ALVING.—(Mirándole fijamente.) Si hubiera sido la que debí ser, hubiera cogido a Osvaldo aparte y le hubiera dicho: "Oye, hijo mío, tu padre es un perdido..."

MANDERS.—¡Misericordia!

SEÑORA ALVING.—Y le hubiera contado todo lo que acabo de contarle a usted, ni más ni menos.

MANDERS.—Acabará usted por indignarme, señora.

SEÑORA ALVING.—Lo sé. Lo sé. También yo retrocedo ante esta idea. ¡Ya ve usted si soy cobarde! (Apartándose de la ventana.)

MANDERS.—¿Y llama usted cobarde a cumplir con su deber estrictamente? ¿Olvida usted que un hijo debe respeto y amor a sus padres?

SEÑORA ALVING.—Basta de generalidades. Una pregunta: ¿Osvaldo debe amar y respetar al chambelán Alving?

MANDERS.—¿No siente en usted una voz de madre que le prohíbe romper el ideal de su hijo?

SEÑORA ALVING.—¿Y la verdad?

MANDERS.—¿Y el ideal?

SEÑORA ALVING.—¡Oh, el ideal, el ideal! ¡Si tuviera más valor del que tengo!

MANDERS.—No eche usted piedras contra el ideal, señora, porque se venga cruelmente. Y además, se trata de Osvaldo, de Osvaldo que, desgraciadamente, no es muy rico en ideal. Pero por lo que he podido observar tiene uno: su padre.

SEÑORA ALVING.—En eso sí que no se equivoca usted.

MANDERS.—Y usted misma, con sus cartas, ha despertado y ha enaltecido ese ideal.

SEÑORA ALVING.—Sí, fui esclava del deber y de los miramientos: así

he estado engañando a mi hijo, durante años. ¡Qué cobarde, qué cobarde he sido!

MANDERS.—Plantó usted una ilusión saludable en el alma de su hijo, y crea usted que tiene mérito.

SEÑORA ALVING.—¡Oh! ¿Quién sabe si es un bien?... Pero la intriga con Regina no la tolero. No debe entretenerse haciendo desgraciada a esa chica.

MANDERS.—¡Oh, sería espantoso!

SEÑORA ALVING.—Si supiera que tenía intenciones honradas y que se trataba de su felicidad...

MANDERS.—¿Pero, qué dice usted? ¡No lo comprendo!

SEÑORA ALVING.—Pero no es ese el caso. Desgraciadamente, Regina no se prestaría.

MANDERS.—¿Pero, cómo? ¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA ALVING.—Si no fuera tan cobarde, me gustaría decirle: "¡Cástate o haz lo que quieras! Lo que no te consiento es el engaño."

MANDERS.—¡Pero, por Dios! ¡Un matrimonio en regla en esas condiciones! ¡Una cosa tan espantosa, tan inaudita!

SEÑORA ALVING.—¿Cree usted que es inaudita? Póngase la mano sobre el corazón y dígame usted con sinceridad, pastor, si no cree que, en torno nuestro, en el país, no hay uniones entre gentes que tienen lazos tan íntimos.

MANDERS.—No la comprendo.

SEÑORA ALVING.—Le aseguro a usted que sí.

MANDERS.—¡Vaya! ¡Usted habla en hipótesis! Desgraciadamente, la vida de familia no es tan pura como debería ser. Pero una cosa como la que usted dice..., no se sabe nunca..., a lo menos, con certeza. Aquí, al contrario. ¡Cómo! ¿Usted, su madre, consentiría en que su propio hijo...?

SEÑORA ALVING.—No, no lo quiero. No consentiría por nada. Eso es precisamente lo que digo.

MANDERS.—Porque es usted cobarde, según dice. De modo que si

no fuese usted cobarde... ¡Dios mío! ¡Una unión sacrílega!

SEÑORA ALVING.—Pero, según parece, todos descendemos de uniones semejantes. ¿Y quién lo ha instituido, pastor?

MANDERS.—Son asuntos de los cuales no quiero hablar con usted, señora. Está usted muy lejos de tener la disposición necesaria. Solamente cuando dice usted que podría haber cobardía por su parte en...

SEÑORA ALVING.—Oígame usted y sepa lo que pienso. Si me encuentro tan angustiada, tan temerosa, es que hay como un mundo de espectros que me rodea, de los cuales estoy segura que no llegaré nunca a desprenderme.

MANDERS.—¿Cómo ha dicho usted?

SEÑORA ALVING.—He dicho un tropel de espectros. Al oír ahí al lado a Regina y a Osvaldo, fue como si el pasado hubiera surgido de nuevo ante mí. Pero me inclino a creer, pastor, que todos somos espectros. No es sólo la sangre de nuestros padres la que corre por nuestras venas; es también como una idea destruida, como una creencia muerta con todas sus consecuencias. No vive, y sin embargo está fija en el fondo de nuestra alma y nunca conseguimos librarnos. Si tomo un periódico y me pongo a leer, veo que entre las líneas surgen fantasmas. Me parece que el país está poblado de espectros, que hay tantos como arenas en el mar. ¡Y para complemento, todos, a pesar de ser tantos, tenemos un miedo tan despreciable de la luz!

MANDERS.—Este es el fruto de sus lecturas. ¡Hermoso fruto, en verdad! ¡Ah, esos abominables libros, esos escritos revolucionarios de los librepensadores!

SEÑORA ALVING.—Se equivoca usted, mi querido pastor. Usted es el que me ha incitado a reflexionar, y por ello le doy las gracias.

MANDERS.—¿Yo?

SEÑORA ALVING.—Sí. Cuando me

obligó usted a doblegarme a lo que usted llamaba deber, cuando me alabó usted como justo y equitativo aquello contra lo cual toda mi alma se sublevaba con horror, empecé a examinar el fondo de sus doctrinas. No quise examinar más que un punto de la tela, pero una vez deshecho, lo demás se descosió. Y entonces vi cómo estaban hechas las costuras.

MANDERS.—(Lentamente, con emoción.) ¿Será éste el precio del combate más fuerte de mi vida?

SEÑORA ALVING.—Diga usted más bien: la más lamentable de sus derrotas.

MANDERS.—Fue la mayor victoria de mi vida, Elena: el triunfo sobre mí mismo.

SEÑORA ALVING.—Un crimen cometido contra mí.

MANDERS.—¿Cómo? ¿Al suplicarle, al ordenarle: "Esposa, vuelve con aquél que es tu esposo ante la ley"; cuando usted, completamente extraviada, vino a casa gritando: "Aquí estoy, tómame", cree usted que cometí un crimen?

SEÑORA ALVING.—Según mi opinión, sí.

MANDERS.—Nunca nos comprenderemos usted y yo.

SEÑORA ALVING.—En todo caso, no nos comprendemos ya.

MANDERS.—Nunca..., nunca, ni en mis pensamientos más íntimos he dejado un momento de considerarla como la mujer de otro.

SEÑORA ALVING.—¿Está usted seguro?

MANDERS.—¡Elena!

SEÑORA ALVING.—¡Es tan fácil olvidarse de sí mismo!

MANDERS.—No hasta ese punto. Soy el que siempre he sido.

SEÑORA ALVING.—(Cambiando de tono.) ¡Bueno! ¡Bueno! ¡No hablemos más del pasado! Ahora nos hallamos, usted metido hasta el cuello en juntas y administraciones benéficas, yo luchando contra los espectros, tanto de fuera como de dentro.

MANDERS.—A los de fuera puedo ayudarla a vencerlos. Después de las cosas que con espanto he sabido hoy, no puedo aceptar la responsabilidad de dejar en esta casa a una muchacha sin experiencia.

SEÑORA ALVING.—¿No cree usted que lo mejor sería colocarla definitivamente? Quiero decir, casarla.

MANDERS.—Sin duda alguna. Me parece que eso sería lo mejor para ella, por todos conceptos. Regina ha llegado a la edad en que... ¡Dios mío! No entiendo de esas cosas... pero...

SEÑORA ALVING.—Regina se ha convertido en mujer rápidamente.

MANDERS.—¿No es eso? Me parece recordar que, en cuanto al desarrollo corporal, ya estaba muy adelantada en la fecha en que la preparaba para la confirmación. Pero, entretanto, es necesario que vuelva a su casa. Bajo la vigilancia de su padre... Pero ¡no! Engstrand no es su... ¡Ah, que haya podido engañarme así, él, él! (*Llaman a la puerta del vestíbulo.*)

SEÑORA ALVING.—¿Quién puede ser? ¡Adelante!

ENGSTRAND.—(*En traje de fiesta.*) (*Desde la puerta.*) Perdonen ustedes... pero...

MANDERS.—¡Oh, oh...!

SEÑORA ALVING.—¿Es usted, Engstrand?

ENGSTRAND.—Las muchachas no estaban y tuve que tomarme la libertad de llamar yo mismo.

SEÑORA ALVING.—Está bien. ¿Tiene usted algo que decirme?

ENGSTRAND.—(*Entrando.*) No, muchas gracias. Con el señor pastor sí quisiera hablar un momento.

MANDERS.—(*Paseándose por la escena.*) ¿Conmigo? ¿Conmigo, eh? ¿Conmigo?

ENGSTRAND.—Sí, quisiera...

MANDERS.—(*Parándose delante de él.*) ¡Bueno! ¿Puede saberse de qué se trata?

ENGSTRAND.—Ahora verá de qué se trata, señor pastor. Ahora, allá, es la hora de la paga. Muchas gra-

cias, señora. Todo está dispuesto. Y a mí me ha parecido que tal vez fuera conveniente que nosotros que hemos trabajado juntos durante este tiempo... He pensado que tal vez haríamos bien terminando con una reunión religiosa.

MANDERS.—¿Una reunión, allá, en el asilo?

ENGSTRAND.—Sí, a menos que al señor pastor no le parezca bien...

MANDERS.—Sí, me parece bien, pero...

ENGSTRAND.—Por la noche tenía la costumbre de organizar yo mismo pequeñas reuniones piadosas.

SEÑORA ALVING.—¿Usted?

ENGSTRAND.—Sí, de vez en cuando, un pequeño ejercicio de piedad. Pero no soy más que una criatura humilde y grosera. No tengo las dotes necesarias..., que Dios me ilumine. Entonces pensé que como el señor pastor estaba aquí...

MANDERS.—Es que, maestro Engstrand, antes tengo que hacerle una pregunta previa. ¿Está usted en las disposiciones necesarias para esa reunión? ¿Tiene usted la conciencia limpia y tranquila?

ENGSTRAND.—¡Que Dios me perdone! No vale la pena de hablar de mi conciencia, señor pastor.

MANDERS.—Al contrario, vamos a hablar de ella. A ver. ¿Qué contesta usted?

ENGSTRAND.—La conciencia puede a veces no estar tranquila.

MANDERS.—Bueno, menos mal que lo confiesa usted. ¿Pero quiere usted decirme francamente qué quiere decir toda esa historia de Regina?

SEÑORA ALVING.—(*Vivamente.*) ¡Pastor Manders!

MANDERS.—(*Haciendo un gesto para calmarla.*) ¡Déjeme usted hacer!

ENGSTRAND.—¿Regina?... ¡Dios mío! ¡Me asusta usted! (*Mira a la señora Alving.*) ¿Le ha sucedido alguna desgracia a Regina?

MANDERS.—No hay que temerlo... Pero me refiero a la situa-

ción de usted, de usted con Regina. ¿Cree que es usted su padre?

¿No es eso?

ENGSTRAND.—(*Vacilando.*) ¡Oh! El señor pastor conoce bien lo que ocurrió entre la difunta Juana y yo...

MANDERS.—No hay que disfrazar la verdad. Su difunta esposa se lo reveló todo a la señora Alving, antes de dejar su servicio.

ENGSTRAND.—¡Oh!, ¿que ella...? ¿De veras lo hizo?

MANDERS.—Está usted, pues, desmascarado, Engstrand.

ENGSTRAND.—¡Ella que había jurado y perjurado!

MANDERS.—¿Jurado y perjurado?

ENGSTRAND.—No, quiero decir que había jurado con la mano sobre el corazón.

MANDERS.—De manera que durante muchos años me ha engañado usted. ¡Me ha engañado usted a mí, a quien usted parecía testimoniar una confianza absoluta en todo y para todo!

ENGSTRAND.—¡Ay, sí, eso hice!

MANDERS.—¿Merecía yo que usted me engañara? ¿No me encontró siempre dispuesto a favorecerle con consejos y con actos, siempre que pude? Conteste. ¿Es verdad?

ENGSTRAND.—Más de una vez, en efecto, me hubiera sido imposible salir del atolladero, si no hubiera contado con el pastor Manders.

MANDERS.—¡Y así me lo paga usted! Me ha hecho usted hacer asientos falsos en los libros de la parroquia y durante muchos años no me ha dado usted ninguna explicación de las que usted me debía, de las que usted debía a la verdad. Su conducta, Engstrand, no tiene excusa posible, y desde este momento todo ha acabado entre nosotros.

ENGSTRAND.—(*Suspirando.*) Es verdad. Ahora lo comprendo.

MANDERS.—Sí... Porque ¿qué puede usted decir para justificarse?

ENGSTRAND.—¿Pero cómo ha podido confesarle su deshonra? Vamos a ver, señor pastor; figúrese usted que está usted en el mismo estado que la difunta Juana...

MANDERS.—¡Yo!

ENGSTRAND.—¡Oh, Dios mío, no es más que una suposición! Quise decir que supongamos que el señor pastor tuviese algo deshonesto que ocultar a la vista de los demás. Nosotros no debemos apresurarnos a condenar a una pobre mujer, señor pastor.

MANDERS.—No acuso a su mujer, sino a usted.

ENGSTRAND.—Si me permitiera el señor pastor que le hiciera una pregunta...

MANDERS.—Hágala.

ENGSTRAND.—¿No es deber de todos levantar a la criatura que tiene la desgracia de caer?

MANDERS.—Sí.

ENGSTRAND.—¿No debe un hombre mantener su palabra de honor?

MANDERS.—Sí, también; pero...

ENGSTRAND.—Después de su desgracia con el inglés (tal vez fuese un americano o uno de esos que llaman rusos), Juana volvió a la ciudad. La pobre muchacha me había rechazado ya varias veces porque ella no tenía ojos más que para lo hermoso y yo tenía esta enfermedad en la pierna. ¡Oh, el señor pastor debe acordarse del accidente! Una noche me aventuré a ir a un baile donde los marineros, la gente de mar se divertía en la embriaguez y el delirio, como dicen. Al quererles persuadir de que debían emprender un nuevo camino...

SEÑORA ALVING.—(*Desde la ventana.*) ¡Bah! ¡Bah!

MANDERS.—Lo sé, Engstrand. Esos hombres groseros le arrojaron escaleras abajo. Su deformidad es una honra para usted.

ENGSTRAND.—No me vanaglorio de ello, señor pastor. Sólo quise contarle cómo vino Juana a confiarse a mí, con gran llanto y rechinar de dientes. Puedo asegurarle,

señor pastor, que me desgarraba el alma oír sus lamentaciones.

MANDERS.—¿De veras, Engstrand? Siga usted.

ENGSTRAND.—Entonces pensé: el americano navega por esos mares, y tú, Juana, has cometido un gran pecado y eres una criatura caída. Pero Jacobo Engstrand, como yo le decía, continuaba firme sobre sus piernas. Ya comprenderá usted, señor pastor, que esto no era más que un decir.

MANDERS.—Le comprendo muy bien. Siga usted.

ENGSTRAND.—Pues bien, la elevé y me casé con la mujer caída ante el mundo para que nadie supiera que había sido culpable con un extranjero.

MANDERS.—En todo eso ha obrado usted dignamente. Pero lo que no puedo aprobar es que se rebajara usted a aceptar dinero.

ENGSTRAND.—¿Dinero? ¿Yo? ¡Ni un cuarto!

MANDERS.—(Mirando a la señora Alving interrogativamente.) Pero...

ENGSTRAND.—¡Ah, sí! Me acuerdo ahora; espere un poco. Juana tenía algún dinero, pero nunca quise oír hablar de él. ¡Qué asco, dije yo, Mammon, ése es el precio del pecado! Aquel oro miserable —tal vez eran billetes de banco— vamos a arrojárselo a la cara al americano. Pero se había marchado, había desaparecido a través de los mares y las tempestades, señor pastor.

MANDERS.—¿De veras, mi buen Engstrand?

ENGSTRAND.—Puede usted estar completamente seguro. Entonces Juana y yo decidimos que ese dinero sirviera para educar a la niña. Y a eso se aplicó y puedo darle cuenta hasta del último céntimo.

MANDERS.—Pero así, la cuestión varía completamente de aspecto.

ENGSTRAND.—Así pasaron las cosas. Puedo asegurarlo. Y he sido un buen padre para Regina, en la medida de mis fuerzas, porque no soy más que un pobre enfermo.

MANDERS.—¡Bueno! ¡Bueno, mi querido Engstrand!

ENGSTRAND.—Pero sí puedo asegurarle que he criado a la niña y que he vivido en espíritu de amor con mi mujer, la difunta Juana, y que he ejercido mi autoridad en la casa como Dios manda. Y jamás se me ocurrió ir a encontrar al pastor Manders y vanagloriarme de que también yo, alguna vez, hice una buena acción. No, cuando eso le pasa a Jacobo Engstrand se calla y se lo guarda para sí. Desgraciadamente, eso no ocurre con frecuencia, y cuando me encuentro con el pastor Manders siempre necesito hablarle de enfermedades y de horrores. Porque vuelvo a repetir lo que dije al principio: la conciencia puede flaquear de vez en cuando.

MANDERS.—Deme la mano, Jacobo Engstrand.

ENGSTRAND.—¡Oh, Dios mío, señor pastor...!

MANDERS.—Sin cumplimientos. (Le estrecha la mano.) ¡Así!

ENGSTRAND.—Y si ahora le pidiera perdón al señor pastor...

MANDERS.—¿Usted? Soy yo, por el contrario, quien necesita pedirle que le dispense.

ENGSTRAND.—¡Oh, eso sí que no!

MANDERS.—Sí, y se lo pido con toda mi alma. Perdóneme usted que haya sospechado, y si puedo, en una forma o en otra, testimoniarle mi plena confianza, mi benevolencia absoluta...

ENGSTRAND.—¿Lo haría usted, señor pastor?

MANDERS.—Con el mayor placer.

ENGSTRAND.—Es que se le va a presentar ocasión en este mismo momento. Con el dinero que he podido ahorrar, quiero fundar en la ciudad un refugio para marinos.

SEÑORA ALVING.—¡Hola!

ENGSTRAND.—Sí; será, en cierto modo, una especie de asilo. Al hombre de mar le asaltan toda clase de tentaciones al pisar tierra. Pero en mi casa, en el refugio de que hablo, se encontrará vigilado como

por un padre. Eso es lo que he pensado.

MANDERS.—¿Qué le parece a usted esta idea, señora Alving?

ENGSTRAND.—No dispongo de mucho, bien lo sabe Dios, y si encontrase una mano bienhechora que me ayudase...

MANDERS.—Está bien, está bien. Pensaremos en ello. Su proyecto me satisface en extremo. Ahora, vaya usted a sus asuntos e ilumine el asilo para darle un poco de aspecto festivo. Después nos ocuparemos de su reunión piadosa, mi querido Engstrand, porque ahora sí que le creo a usted realmente en buena disposición de espíritu.

ENGSTRAND.—También a mí me lo parece. Ahora, adiós, señora, y gracias por sus bondades; y cuiden bien de Regina (Secándose una lágrima.), la hija de la difunta Juana..., porque..., es singular..., pero me parece que ha echado raíces en mi corazón. ¡Lo digo tal como lo siento! ¡Sí! (Saluda y vase por la puerta del vestíbulo.)

MANDERS.—¡Bueno! ¿Y qué dice usted de ese hombre, señora Alving? La explicación que nos ha dado difiere un poco de la suya.

SEÑORA ALVING.—En efecto.

MANDERS.—Ya ve usted el cuidado que hay que tener antes de juzgar la conducta ajena. ¡Pero qué alegría, poder hacer constar que nos hemos equivocado! ¿No piensa usted como yo?

SEÑORA ALVING.—Pienso que si gue usted y seguirá siendo un niño grande, Manders.

MANDERS.—¿Yo?

SEÑORA ALVING.—(Apoyando las manos en los hombros del pastor.) Y añadido que siento grandes tentaciones de abrazarle.

MANDERS.—(Echándose vivamente atrás.) ¡No, no, que Dios la perdone! ¡Vaya unos arrebatos...!

SEÑORA ALVING.—(Sonriendo.) ¡Vaya! No tenga usted miedo de mí.

MANDERS.—(Después de haberse

acercado a la mesa.) ¡Tiene usted a veces una manera tan exagerada de expresarse! Ahora voy a guardar los documentos en la cartera. (Lo hace.) Eso es. Hasta la vista. Vigile usted a Osvaldo desde el momento en que regrese. Volveré pronto. (Coge el sombrero y vase por la puerta del vestíbulo.)

SEÑORA ALVING.—(Suspira, echa una mirada por la ventana, arregla un poco la habitación y se dispone a entrar en el comedor; pero en la puerta se detiene, sorprendida, y lanza una exclamación contenida.) ¡Osvaldo! ¡Aún estás en la mesa!

OSVALDO.—(Desde el comedor.) Quería acabar el cigarro.

SEÑORA ALVING.—Pensé que habías ido a dar una vuelta.

OSVALDO.—¡Con este tiempo! (Se oye ruido de vasos. La señora Alving deja la puerta abierta y se sienta en el sofá, cerca de la ventana, con el bordado en la mano.)

OSVALDO.—(Desde el mismo sitio.) ¿Era el pastor Manders el que acaba de salir?

SEÑORA ALVING.—Sí, ha ido al asilo.

OSVALDO.—¡Ah! (Se oye el ruido de un vaso que choca contra un jarrón.)

SEÑORA ALVING.—(Con inquietud.) Querido hijo mío, debes tener cuidado con ese licor, que es muy fuerte.

OSVALDO.—Es bueno contra la humedad.

SEÑORA ALVING.—¿Por qué no prefieres venir a sentarte un rato a mi lado?

OSVALDO.—No podría fumar.

SEÑORA ALVING.—Ya sabes que puedes fumar un cigarro.

OSVALDO.—Bueno, bueno, voy. Un sorbo nada más... Eso es. (Entra con el cigarro en la boca y cierra la puerta después de pasar.) (Pausa.) ¿A dónde fue el pastor?

SEÑORA ALVING.—Pero si acabo de decirte que fue al asilo.

OSVALDO.—Es verdad.

SEÑORA ALVING.—No debes que-

darte tanto tiempo de sobremesa, Osvaldo.

OSVALDO.—(Ocultando en la espalda la mano en que tiene el cigarro.) Pero, me gusta mucho, madre. (La acaricia y le da golpecitos cariñosos.) Figúrate tú, para mí, que acabo de regresar, sentarme a la mesa de mi mamáita, en el comedor de mi mamáita y comer la excelente cocina de mi mamáita.

SEÑORA ALVING.—¡Querido, querido hijo mío!

OSVALDO.—(Se levanta, se pasea y fuma nerviosamente.) ¿Y qué puedo hacer aquí, si no? No puedo trabajar.

SEÑORA ALVING.—¿No puedes? ¿De veras?

OSVALDO.—¿Con un tiempo gris, como éste? ¿Sin un rayo de sol en todo el día? (Se pasea por la escena.) ¡Oh, qué tormento no poder trabajar!

SEÑORA ALVING.—¿Te arrepientes tal vez de haber venido?

OSVALDO.—No, madre, era necesario.

SEÑORA ALVING.—Es que prefiero cien veces privarme de tu compañía que verte...

OSVALDO.—(Parándose delante de la mesa.) Pero..., dime, madre mía: ¿es realmente una felicidad tan grande para ti tenerme a tu lado?

SEÑORA ALVING.—Sí, es una gran felicidad.

OSVALDO.—(Estrujando un periódico.) Me parecía que debía serte en cierto modo indiferente que yo existiese o no.

SEÑORA ALVING.—¿Y tienes el valor de decírselo a tu madre, Osvaldo?

OSVALDO.—Bien has podido vivir sin mí hasta ahora.

SEÑORA ALVING.—Sí, he vivido sin ti, es verdad... (Pausa. El día acaba lentamente. Osvaldo se pasea por la escena. Ha dejado el cigarro.)

OSVALDO.—(Parándose delante de

la señora Alving.) Madre, ¿puedo sentarme en el sofá a tu lado?

SEÑORA ALVING.—(Dejándole sitio.) Sí, sí, hijo mío. Ven, mi querido hijo.

OSVALDO.—(Sentándose en el sofá.) Ahora, tengo que decirte una cosa.

SEÑORA ALVING.—(Con gran atención.) ¿Qué?

OSVALDO.—(Con la mirada perdida.) No puedo ocultarlo por más tiempo.

SEÑORA ALVING.—¿Ocultar? ¿Qué? ¿Qué pasa?

OSVALDO.—(Igual que antes.) No me he atrevido a escribírtelo. Y desde mi llegada...

SEÑORA ALVING.—(Cogiéndole por el brazo.) ¡Osvaldo! ¿Qué pasa?

OSVALDO.—Ayer y hoy he procurado librarme de mis pensamientos..., rechazarlos. Me ha sido imposible.

SEÑORA ALVING.—(Levantándose bruscamente.) Vas a decírmelo todo, Osvaldo.

OSVALDO.—(Haciendo que se siente.) Quédate aquí. Voy a intentarlo. Me he quejado de una fatiga causada por el viaje...

SEÑORA ALVING.—Sí, ¿y qué?

OSVALDO.—Pues no es eso. O mejor dicho, no es la fatiga natural.

SEÑORA ALVING.—(Queriendo levantarse de nuevo.) ¿Estás enfermo, Osvaldo...?

OSVALDO.—(Obligándola otra vez a sentarse.) Quédate aquí, madre. Óyeme con tranquilidad. Lo que yo tengo no es una enfermedad, no es lo que se llama vulgarmente una enfermedad. (Cruzando las manos por encima de la cabeza.) ¡Madre! Tengo el cerebro destrozado. Soy hombre acabado. ¡Nunca más podré trabajar! (Con el rostro entre las manos, se deja caer sobre las rodillas de su madre y prorrumpe en sollozos.)

SEÑORA ALVING.—(Pálida y temblorosa.) ¡Osvaldo! ¡Mírame! No, no, eso no es verdad.

OSVALDO.—(Mirándola con desesperación.) ¡No poder trabajar nunca más! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Ser como un muerto! Madre mía, ¿comprendes este horror?

SEÑORA ALVING.—¡Desgraciado hijo mío! ¿Pero de dónde procede este horror? ¿Cómo se ha apoderado de ti?

OSVALDO.—¡Ah, de eso sí que no puedo dar cuenta! Nunca he llevado una vida agitada, bajo ningún concepto: puedes creerme, madre mía soy sincero.

SEÑORA ALVING.—Osvaldo, no lo dudes.

OSVALDO.—Y sin embargo, se ha apoderado de mí. ¡Una desgracia tan espantosa!

SEÑORA ALVING.—¡Oh, eso desprecaverá..., hijo mío bendito! No debe ser más que exceso de trabajo. Puedes estar seguro.

OSVALDO.—Eso creí al principio. Pero hay algo más.

SEÑORA ALVING.—Cuéntamelo todo.

OSVALDO.—Eso quiero.

SEÑORA ALVING.—¿Cuándo lo notaste por primera vez?

OSVALDO.—A mi llegada a París, después de mi última estancia en el extranjero. Sentí, en un principio, violentos dolores de cabeza, especialmente en el occipucio. Me parecía que la cabeza en un torno, desde la nuca hasta arriba.

SEÑORA ALVING.—¿Y qué más?

OSVALDO.—Creí que sería el mismo dolor de cabeza de que tanto sufrí en la edad del crecimiento.

SEÑORA ALVING.—Sí, sí...

OSVALDO.—Pero no era lo mismo. Tardé poco tiempo en convencerme. Me fue imposible trabajar. Comencé a empezar un gran cuadro; pero me faltaban las fuerzas. Toda mi energía estaba como paralizada. No podía reconcentrarme y obtener imágenes precisas. Todo daba vueltas en torno mío como si me empujara el vértigo. ¡Fue una época terrible! Al fin, envié a buscar un médico, y por él lo supe todo.

SEÑORA ALVING.—¿Qué quieres decir?

OSVALDO.—Era un médico de los mejores. Tuve que describirle lo que experimentaba. Después comenzó a hacerme una serie de preguntas que parecían no guardar relación con mi estado; no sabía dónde quería ir a parar.

SEÑORA ALVING.—Continúa.

OSVALDO.—Acabó por decirme: "Hay en usted algo *vermoulú* desde su nacimiento." Esa fue la palabra francesa que empleó.

SEÑORA ALVING.—(Escuchando con grandísima atención.) ¿Qué quiere decir?

OSVALDO.—¡Eso era precisamente lo que no entendía bien! Le rogué que se explicara más claramente y entonces dijo el viejo cínico... (Con gesto de amenaza.) ¡Oh!...

SEÑORA ALVING.—¿Qué dijo?

OSVALDO.—Dijo: "Los pecados de los padres caen sobre los hijos."

SEÑORA ALVING.—(Levantándose lentamente.) ¡Los pecados de los padres...!

OSVALDO.—Tuve ganas de abofetearle.

SEÑORA ALVING.—(Atravesando la escena.) Los pecados de los padres...

OSVALDO.—(Con sonrisa forzada.) Sí. ¿Qué te parece? Naturalmente: le aseguré que en este caso no podía ser nada de esto. ¿Crees que se retractó? Al contrario: mantuvo su afirmación, y únicamente después que hube cogido tus cartas, que le traduje los párrafos en que hablabas de mi padre...

SEÑORA ALVING.—¿Entonces...?

OSVALDO.—Entonces tuvo que reconocer que se había equivocado. ¡Y así supe la verdad, la incomprendible verdad! ¡Debí abstenerme de la alegre vida de juventud, de la feliz camaradería...! ¡Había abusado de mis fuerzas! ¡Era culpa mía!

SEÑORA ALVING.—¡Osvaldo! ¡No! ¡No lo creas!

OSVALDO.—Me dijo que no ha-

bia otra posibilidad. Eso es lo más terrible. ¡Perdido, irreparablemente perdido para toda la vida, por mi propio aturdimiento! ¡Cuánto pude hacer en este mundo; no poder ni atreverme a soñarlo... ni a soñarlo! ¡Oh, si pudiese revivir! ¡Hacer que no hubiese pasado nada de todo esto! (Se deja caer sobre el sofá, ocultando el rostro.) (La señora Alving se retuerce las manos y se pasea por la escena con muda perplejidad.) (Oswaldo, después de una pausa, levantándose a medias, pero permaneciendo de codos sobre el sofá, continúa.) Si hubiera sido una herencia, algo contra lo cual fuese impotente..., menos mal; pero así... ¡Vergonzosamente, torpemente, haber malgastado la felicidad, la salud, todo..., el porvenir..., la vida...!

SEÑORA ALVING.—No, no, hijo mío querido; tu caso no debe ser tan desesperado como supones. (Acercándose a él.)

OSVALDO.—¡Ah, tú no sabes...! (Se levanta con sobresalto.) ¡Y el disgusto que te doy, madre; la pena que te causo! Más de una vez deseé desde el fondo de mi alma que te preocupases menos de mí. Casi lo esperaba.

SEÑORA ALVING.—¿Yo, Oswaldo? ¡Mi único hijo! ¡Cuanto hay de más querido en el mundo! ¡Mi única preocupación!

OSVALDO.—(Cogiendo las manos de su madre y cubriéndolas de besos.) Sí, sí; cuando estoy en casa lo comprendo, lo veo claro, mamá. Y ésa es una de las cosas que más me atormentan... Pero ahora ya lo sabes todo. No hablemos más por hoy. No puedo pensar en ello mucho tiempo. (Se pasea por la escena.) Dame algo de beber, mamá.

SEÑORA ALVING.—¿Beber? ¿Qué quieres beber a estas horas?

OSVALDO.—Cualquier cosa. ¿Tienes ponche frío en casa?

SEÑORA ALVING.—Sí...; pero, querido Oswaldo...

OSVALDO.—No te opongás, mamá.

Sé buena. Necesito algo en que ahogar todos los pensamientos que me atormentan. (Entra en el invernadero.) Y además, esta oscuridad que reina aquí. (La señora Alving tira del cordón de la campanilla de la izquierda.) ¡Esta lluvia continúa! Puede seguir así una semana entera, un mes después de otro, sin interrupción. ¡Y nunca un rayo de sol! Ninguna vez de las que he estado en casa me acuerdo haber visto un rayo de sol.

SEÑORA ALVING.—Oswaldo: piensas dejarme.

OSVALDO.—¡Oh...! (Suspirando profundamente.) No pienso en nada. No puedo pensar en nada. (Bajando la voz.) Me guardaría mucho.

REGINA.—(Que viene del comedor.) ¿Ha llamado la señora?

SEÑORA ALVING.—Sí; trae la lámpara.

REGINA.—En seguida, señora. Ya está encendida. (Se va.)

SEÑORA ALVING.—(Acercándose a Oswaldo.) Oswaldo: no disimules conmigo.

OSVALDO.—No te oculto nada, mamá. (Acercándose a la mesa.) Me parece que te he hecho bastantes confesiones... (Regina trae la lámpara y la deja sobre la mesa.)

SEÑORA ALVING.—Oye, Regina... Traénos media botella de champagne.

REGINA.—Sí, señora. (Se va.)

OSVALDO.—(Cogiendo la cabeza de la señora Alving.) Eso está bien. Ya sabía yo que mi mamá no consentiría que su hijo tuviera sed.

SEÑORA ALVING.—¡Pobre hijo mío! ¿Cómo podría rehusarte nada ahora?

OSVALDO.—(Vivamente.) ¿Verdad, mamá? ¿De veras?

SEÑORA ALVING.—¿Cómo? ¿Qué?

OSVALDO.—¿Que no me vas a negar nada?

SEÑORA ALVING.—Pero, mi querido Oswaldo...

OSVALDO.—¡Psit!

REGINA.—(Trae en una bandeja media botella de champagne, que

deja sobre la mesa.) ¿Hay que descompartirla?

OSVALDO.—Gracias; lo haré yo mismo. (Regina se va.)

SEÑORA ALVING.—(Sentándose junto a la mesa.) ¿Qué es lo que no he de negarte? ¿En qué piensas?

OSVALDO.—(Disponiéndose a abrir la botella.) Primero un vaso..., o dos. (Hace saltar el tapón. Llena un vaso y quiere llenar el otro.)

SEÑORA ALVING.—(Reteniendo su mano.) Gracias..., no tomaré.

OSVALDO.—Entonces será para mí. (Bebe el vaso, llena otra vez, lo vuelve a beber, y después se sienta junto a la mesa.)

SEÑORA ALVING.—(Esperando que hable.) ¿Qué?

OSVALDO.—(Sin mirarla.) Oye. Durante la comida..., tú... y el pastor Manders me parecíais... muy extraños..., muy silenciosos...

SEÑORA ALVING.—¿Lo has notado?

OSVALDO.—Sí. (Después de una pausa.) Dime..., ¿qué piensas de Regina?

SEÑORA ALVING.—¿Qué pienso? OSVALDO.—Sí. ¿No te parece hermosa?

SEÑORA ALVING.—Querido Oswaldo, no la conoces como yo.

OSVALDO.—¿Qué quieres decir?

SEÑORA ALVING.—Que Regina permaneció desgraciadamente demasiado tiempo en su casa. Debí recogerla antes.

OSVALDO.—Sí, pero ¿no es hermosa? (Llena el vaso.)

SEÑORA ALVING.—Regina tiene muchos y grandes defectos...

OSVALDO.—Pero ¿qué importa? (Bebe más.)

SEÑORA ALVING.—Pero no por eso dejo de quererla, y además soy responsable de sus actos. No querria por nada en este mundo que le sucediera una desgracia.

OSVALDO.—(Levantándose de pronto.) Mamá, Regina es mi única salvación.

SEÑORA ALVING.—¿Qué quieres decir?

OSVALDO.—No puedo seguir solo soportando este tormento.

SEÑORA ALVING.—¿No tienes a tu madre para que lo sufra contigo?

OSVALDO.—Sí, así lo creí, y para eso regresé. Pero esto no puede durar, lo veo. No durará. No puedo pasar aquí toda mi vida.

SEÑORA ALVING.—¡Oswaldo! OSVALDO.—Debo vivir de otra manera, madre. Necesito marcharme. No quiero que tengas ante tus ojos siempre este espectáculo.

SEÑORA ALVING.—¡Desgraciado hijo mío! Pero mientras estás enfermo, Oswaldo...

OSVALDO.—Si no fuera más que la enfermedad, me quedaría a tu lado, madre, porque eres el mejor amigo que tengo en el mundo.

SEÑORA ALVING.—¿No es verdad que sí, Oswaldo?

OSVALDO.—(Paseándose nerviosamente por la habitación.) Pero son todos estos tormentos..., todos estos remordimientos..., y además la gran angustia, la angustia mortal. ¡Oh, la espantosa angustia!

SEÑORA ALVING.—(Yendo detrás de él.) ¿Angustia? ¿Qué angustia? ¿Qué quieres decir?

OSVALDO.—No me preguntes. No lo sé. No puedo describírtelo.

SEÑORA ALVING.—(Se va hacia la izquierda y tira del cordón de la campanilla.)

OSVALDO.—¿Qué quieres?

SEÑORA ALVING.—Quiero que mi hijo esté alegre. ¡Eso quiero! No debe entregarse a la melancolía. (A Regina, que aparece en la puerta.) ¡Más champagne! ¡Ahora una botella entera! (Vase Regina.)

OSVALDO.—¡Madre! SEÑORA ALVING.—¿Crees que no sabemos vivir nosotros aquí?

OSVALDO.—¿No es hermosa? ¡Qué bien hecha está! Y sana hasta la médula de los huesos.

SEÑORA ALVING.—(Sentándose a la mesa.) Siéntate ahí, Oswaldo, y hablemos tranquilamente.

OSVALDO.—(Sentándose.) ¿No sa-

bes, madre, qué tengo un verro que reparar respecto a Regina?

SEÑORA ALVING.—¿Tú?

OSVALDO.—O mejor dicho una pequeña imprudencia. La última vez que vine aquí...

SEÑORA ALVING.—¿Qué?

OSVALDO.—Me hizo muchas preguntas sobre París, y le hablé largo y tendido. Y me acuerdo que un día se me ocurrió preguntarle: "¿No siente usted ganas de ir?"

SEÑORA ALVING.—¿Qué más?

OSVALDO.—Se puso muy colorada y me dijo: "Sí, me gustaría mucho." "Pues bien, respondí yo, tal vez haya medio de conseguirlo."

SEÑORA ALVING.—¿Y después?

OSVALDO.—Naturalmente, me había olvidado de todo, cuando ayer le pregunté si estaba contenta de la larga estancia que iba a hacer aquí...

SEÑORA ALVING.—¿Y qué?

OSVALDO.—Me miró de una manera singular y me contestó: "¿Y qué hay de mi viaje a París?"

SEÑORA ALVING.—¿Su viaje?

OSVALDO.—Entonces me di cuenta de que había tomado la cosa en serio; que había estado pensando en mí todo este tiempo, y que se había dedicado a aprender francés.

SEÑORA ALVING.—Por eso era, pues...

OSVALDO.—¡Madre! Cuando vi delante de mí a esta muchacha tan hermosa, tan llena de salud —¡hasta entonces no había reparado nunca en esto!—, cuando la vi con los brazos abiertos, dispuesta a recibirme...

SEÑORA ALVING.—¿Osvaldo!

OSVALDO.—... Tuve la revelación de que ella era mi salvación. Era la alegría de vivir que se presentaba ante mí.

SEÑORA ALVING.—(Con sorpresa.) ¡La alegría de vivir! ¿Es la salvación?

REGINA.—(Que aparece en la puerta, con una botella.) Les ruego me dispensen por haber tardado

tanto; pero he tenido que bajar a la cueva.

OSVALDO.—Trae otro vaso.

REGINA.—(Mirándole con asombro.) Este es el vaso de la señora señor Alving.

OSVALDO.—Sí, pero un vaso para ti, Regina.

REGINA.—(Se estremece y mira tímidamente a la señora Alving.)

OSVALDO.—¿Qué haces?

REGINA.—(Con vacilación, bajando la voz.) ¿Consiente la señora?

SEÑORA ALVING.—Ve a buscar el vaso, Regina. (Regina va al comedor.)

OSVALDO.—(Siguiéndola con la mirada.) ¿Has visto cómo anda? ¡Qué firme y qué derecha!

SEÑORA ALVING.—Pero no puede ser, Osvaldo.

OSVALDO.—Está decidido. Ya lo ves. Es inútil contrariarme.

REGINA.—(Entra con una copa que conserva en la mano.)

OSVALDO.—Siéntate, Regina.

REGINA.—(Interroga con la mirada a la señora Alving.)

SEÑORA ALVING.—Siéntate.

REGINA.—(Se sienta en una silla, cerca del comedor, y continúa teniendo la copa vacía.)

SEÑORA ALVING.—Osvaldo, ¿qué me decías tú de la alegría de vivir?

OSVALDO.—¡Oh, madre, la alegría de vivir...! Vosotros no la conocéis en este país! ¡Jamás la he sentido yo aquí!

SEÑORA ALVING.—¿Ni cuando estás en casa?

OSVALDO.—Ni cuando estoy en casa. Pero no me comprendes.

SEÑORA ALVING.—Sí, me parece que ahora empiezo a comprenderte.

OSVALDO.—La alegría de vivir... y después la alegría de trabajar. En el fondo es lo mismo. Pero tampoco conocéis esta alegría.

SEÑORA ALVING.—Tal vez tengas razón. Sígueme hablando de ello, Osvaldo.

OSVALDO.—Verás: me parece sencillamente que aquí se suele considerar el trabajo como azote de Dios,

como castigo de nuestros pecados. La vida, como cosa miserable de la que no podemos desprendernos tan pronto como quisiéramos.

SEÑORA ALVING.—Vaile de lágrimas, sí. Y realmente nos esforzamos en conciencia en convertirlo en tal.

OSVALDO.—Pero, allá, en otras tierras, nadie quiere saber nada de esto. Esas doctrinas no encuentran creyentes. Allá se sienten llenos de vida y de felicidad, sólo porque viven. Madre, ¿no te has fijado en que todo lo que pinté gira en torno de la alegría de vivir? La alegría de vivir, siempre y en todas partes. Allá todo es luz, rayo de sol, sonido alegre de fiesta... y los rostros humanos resplandecen de alegría. Por esto me da miedo quedarme aquí.

SEÑORA ALVING.—¿Miedo? ¿De qué tienes miedo en casa?

OSVALDO.—Tengo miedo de que cuanto se agita en mí se transforme aquí en mal.

SEÑORA ALVING.—(Mirándole fijamente.) ¿Lo crees posible?

OSVALDO.—Estoy absolutamente seguro. Podría intentar llevar aquí la misma vida que allá; pero no puede ser.

SEÑORA ALVING.—(Que ha escuchado con atención creciente, se levanta y dice fijando en él una mirada intensa y larga.) ¡Ahora ya lo comprendo todo!

OSVALDO.—¿Qué?

SEÑORA ALVING.—Es la primera vez que veo la verdad clara, y ahora ya puedo hablar.

OSVALDO.—(Levantándose.) Madre, no te comprendo.

REGINA.—(Que se ha levantado igualmente.) ¿Debo salir acaso...?

SEÑORA ALVING.—No, quédate. Ahora puedo hablar. Ahora, hijo mío, vas a saberlo todo y después tomarás una determinación. ¡Osvaldo! ¡Regina!

OSVALDO.—¡Silencio! El pastor...

MANDERS.—(Entrando por la

puerta del vestibulo.) Acabamos de tener una reunión de esas que alegran el alma.

OSVALDO.—Nosotros, también. MANDERS.—Hay que ayudar a Engstrand, en el asunto del refugio para marinos. Es necesario que Regina se vaya con él y le ayude.

REGINA.—No, gracias, señor pastor.

MANDERS.—(Que no se había fijado todavía en ella.) ¿Cómo? ¿Aquí? ¡...y con una copa en la mano!

REGINA.—(Apresurándose a dejar la copa.) Perdón...

OSVALDO.—Regina viene conmigo, señor pastor.

MANDERS.—¿Que se va..., y con usted?

OSVALDO.—Sí, como esposa si ella quiere.

MANDERS.—Pero, por Dios...

REGINA.—No puedo oponerme, señor pastor.

OSVALDO.—O se queda aquí, si yo me quedo.

REGINA.—(Involutariamente.) ¡Aquí!

MANDERS.—Me asombra usted, señora Alving.

SEÑORA ALVING.—No sucederá nada de todo esto, porque ahora puedo decirlo todo.

MANDERS.—Pero usted no que-rrá. No, no, no.

SEÑORA ALVING.—Quiero y puedo, y tranquilícese usted: no habrá ningún ideal destruido.

OSVALDO.—Mamá, ¿qué se me oculta aquí?

REGINA.—(Escuchando.) ¡Señora! ¡Oiga usted! Hay mucha gente por ahí fuera. Gritan. (Va al invernadero y mira por la ventana.)

OSVALDO.—(Desde la ventana de la derecha.) ¿Qué pasa? ¿De dónde sale aquel resplandor?

REGINA.—(Gritando.) ¡El incendio es en el asilo!

SEÑORA ALVING.—(Desde la ventana.) ¡El incendio!

MANDERS.—¡El incendio! ¡Imposible! Vengo de allá.

OSVALDO.—¿Dónde está mi sombrero? Pero, ¿qué importa? ¡El asilo de mi padre! *(Vase corriendo por la puerta que da al jardín.)*

SEÑORA ALVING.—¡Mi abrigo, Regina! Todo está ardiendo.

MANDERS.—¡Es espantoso! Señora

Alving, es el castigo que estalla sobre este lugar de perdición.

SEÑORA ALVING.—Sí, sí, seguramente. Ven, Regina. *(Se precipita seguida por Regina, por la puerta del vestíbulo.)*

MANDERS.—*(Juntando las manos.)* ¡Y sin estar asegurado! *(Se va detrás de ellos.)*

ACTO TERCERO

Igual decoración que en actos anteriores. Todas las puertas están abiertas. La lámpara continúa encendida sobre la mesa. Es de noche. Al exterior no se ve más que un débil resplandor, al fondo del paisaje, hacia la derecha. La señora Alving, con un chal grande en la cabeza, mira por una ventana del invernadero. Regina, envuelta en un chal, está a poca distancia detrás de ella.

SEÑORA ALVING.—Todo se ha incendiado. Todo se ha destruido.

REGINA.—Queda aún mucho rescoldo.

SEÑORA ALVING.—¡Y Osvaldo que no vuelve! Y sin embargo, no puede salvarse nada.

REGINA.—¿Tal vez conviniera que fuera a llevarle el sombrero?

SEÑORA ALVING.—¿Ni siquiera cogió el sombrero?

REGINA.—*(Señalando con el dedo al vestíbulo.)* No; está colgado en la percha.

SEÑORA ALVING.—Déjalo, no puede tardar en volver. Voy a ver yo misma... *(Vase por la puerta que da al jardín.)*

MANDERS.—*(Entrando por la puerta del vestíbulo.)* ¿La señora Alving no está en casa?

REGINA.—Acaba de bajar al jardín.

MANDERS.—Ha sido ésta la noche más terrible de mi vida.

REGINA.—Sí, ha sido una desgracia espantosa, señor pastor.

MANDERS.—¡Oh, no me hable usted! Casi no me atrevo ni a pensar en ello.

REGINA.—Pero, ¿cómo empezó el incendio?

MANDERS.—No me pregunte nada, señorita Engstrand. Además, ¿qué puedo saber? También quiere us-

ted... ¿No basta con que su padre...?

REGINA.—¿Qué ha hecho?

MANDERS.—Acabará por volverme loco.

ENGSTRAND.—*(Entrando por la puerta del vestíbulo.)* ¡Señor pastor!

MANDERS.—*(Volviéndose con terror.)* ¿Cómo? ¿Me persigue usted hasta aquí?

ENGSTRAND.—¡Sí, aunque Dios me castigue! ¡Ah, Dios mío, pero todas sus lamentaciones no sirven para nada, señor pastor!

REGINA.—¿Qué pasa?

ENGSTRAND.—Mira, todo proviene de la reunión piadosa. *(En voz baja.)* Ahora nos toca a nosotros, hija mía. *(En voz alta.)* De modo que por mí, el señor pastor cometió la imprudencia.

MANDERS.—Pero, le aseguro, Engstrand...

ENGSTRAND.—Únicamente el señor pastor se ocupó de las luces.

MANDERS.—*(Deteniéndose ante él.)* Eso dice usted; pero no recuerdo haber tenido ninguna luz en la mano.

ENGSTRAND.—Y yo le he visto a usted claramente, señor pastor, despabilar una vela con los dedos y arrojar la mecha al serrín.

MANDERS.—¿Lo ha visto usted?

ENGSTRAND.—Sí.

MANDERS.—No lo comprendo. Tanto más, cuanto que no tengo la costumbre de despabilar las velas con los dedos.

ENGSTRAND.—Sí, es algo sucio. ¿Pero, es realmente una costumbre peligrosa, señor pastor?

MANDERS.—(Paseándose con inquietud.) ¡Oh, no me pregunte usted nada!

ENGSTRAND.—(Siguiéndole.) ¿Y, además, el señor pastor no lo había asegurado?

MANDERS.—(Que sigue paseándose.) No, no, ya lo sabe usted.

ENGSTRAND.—(Siguiéndole.) ¡Sin seguro! ¡Y prenderse así fuego...! ¡Jesús, Jesús, qué desgracia!

MANDERS.—(Enjugándose la frente.) ¡Puede usted decirlo, Engstrand!

ENGSTRAND.—¡Y que semejante cosa ocurra a un establecimiento de beneficencia que debía ser útil a la ciudad y a los alrededores! Temo que los periódicos traten al señor pastor de mala manera.

MANDERS.—Eso, también lo temo. Quizás sea lo peor. Los ataques envenenados, las acusaciones... ¡Ah, es terrible pensarlo!

SEÑORA ALVING.—(Entrando por la puerta que da al jardín.) No se le puede apartar del brasero.

MANDERS.—¡Ah! ¿Está usted ahí, señora?

SEÑORA ALVING.—Por lo menos usted se ha librado del discurso de inauguración, pastor Manders...

MANDERS.—¡Oh, hubiera de buena gana...!

SEÑORA ALVING.—(Con voz sorda.) Más vale así. No hubiera resultado nada bueno de este asilo.

MANDERS.—¿Lo cree usted?

SEÑORA ALVING.—¿Lo duda usted?

MANDERS.—No por eso deja de ser una gran desgracia.

SEÑORA ALVING.—Hablemos rápidamente de este asunto como de una cuestión de intereses. ¿Espera usted al pastor, Engstrand?

ENGSTRAND.—(Cerca de la puerta del vestíbulo.) Sí, le espero.

SEÑORA ALVING.—Siéntese usted entonces.

ENGSTRAND.—Gracias. Estoy bien de pie.

SEÑORA ALVING.—(Al pastor.) ¿Probablemente regresará usted en el primer vapor?

MANDERS.—Sí, dentro de una hora.

SEÑORA ALVING.—Siendo así, hágame el favor de llevarse todos esos papeles. No quiero volver a oír hablar del asunto. Tengo, en estos momentos, otras preocupaciones.

MANDERS.—Señora Alving...

SEÑORA ALVING.—Más adelante le enviaré plenos poderes para terminar el asunto como a usted le parezca.

MANDERS.—Lo haré con mucho gusto. La primera disposición del testamento resulta ahora, desgraciadamente, impracticable.

SEÑORA ALVING.—Naturalmente.

MANDERS.—Verá usted cómo pienso arreglar el asunto: las tierras de Solvik pertenecerán al Municipio. Esa posesión no carece de valor. Siempre podrá servir para algo. Y la renta del capital que queda en la Caja de Ahorros podrá siempre emplearse en algo útil a la ciudad.

SEÑORA ALVING.—Usted hará lo que guste. Todo eso me es hoy indiferente.

ENGSTRAND.—Piense usted en mi refugio para los marinos, señor pastor.

MANDERS.—Sí, tal vez, es una idea. Ya veremos. Hay que pensarlo.

ENGSTRAND.—No, diantre, no hay que pensarlo. (Dominándose.) ¡Dios mío!

MANDERS.—(Con un suspiro.) Y además, desgraciadamente, no sé cuánto tiempo podré ocuparme de estos asuntos y si la opinión pública me obligará a retirar. Todo depende del resultado de la investigación.

SEÑORA ALVING.—¿Qué dice usted?

MANDERS.—Y el resultado nadie puede preverlo.

ENGSTRAND.—(Acercándose.) Perdón, puede preverse. Mire usted a Jacobo Engstrand.

MANDERS.—Sí... sí... pero...

ENGSTRAND.—(En voz baja.) Jacobo Engstrand no es capaz de abandonar a un bienhechor generoso en la hora de peligro.

MANDERS.—Sí, sí, amigo mío, pero... ¿cómo?

ENGSTRAND.— Jacobo Engstrand es, como si dijéramos, el ángel de salvación, señor pastor.

MANDERS.—No, no, eso sí que no puedo aceptarlo, de ninguna manera.

ENGSTRAND.—Y, sin embargo, será. Conozco a uno que ya en otra ocasión cargó con la culpa ajena.

MANDERS.—¡Jacobo! (Le estrecha la mano.) Es usted un hombre singular. ¡Vaya! Ayudaremos en lo que podamos al asilo. Puede usted contar con ello. (Engstrand quiere darle las gracias, pero la emoción no le deja hablar.)

MANDERS.—(Colocándose el saco de viaje en bandolera.) ¡Y ahora, en marcha, nos vamos los dos juntos!

ENGSTRAND.—(En voz baja a Regina, que está cerca de la puerta del comedor.) Ven conmigo, hija mía; estarás como el pez en el agua.

REGINA.—(Moviendo la cabeza negativamente.) Merci. (Va al vestíbulo y le da al pastor la maleta.)

MANDERS.—¡Adiós, señora Alving! Y ojalá el espíritu de orden y de regularidad entre pronto en esta casa.

SEÑORA ALVING.—¡Adiós, Manders! (Se va a la puerta del invernadero, al ver que Osvaldo entra por la puerta del jardín.)

ENGSTRAND.—(Que, con Regina, ayuda al pastor a ponerse el abrigo.) Adiós, hija mía, y si algo te ocurre ya sabes dónde encontrar a Jacobo Engstrand. (En voz baja.)

Callejuela del Puerto... ¿eh? (A la señora Alving y a Osvaldo.) Y la casa de los marinos se llamará: "Asilo del chambelán Alving". Eso es... Y si me permiten dirigir la casa como deseo, seguramente será digna del difunto chambelán.

MANDERS.—(Desde la puerta.) Venga, querido Engstrand. Adiós, adiós. (Se van por el vestíbulo.)

OSVALDO.—(Acercándose a la mesa.) ¿De qué casa hablaba?

SEÑORA ALVING.—Una especie de asilo que quieren fundar el pastor Manders y él.

OSVALDO.—Se incendiará también.

SEÑORA ALVING.—¿Por qué lo crees?

OSVALDO.—Todo debe quemarse. No quedará nada que recuerde la memoria de mi padre. Y yo también estoy ardiendo.

REGINA.—(Le mira con asombro.)

SEÑORA ALVING.—¡Osvaldo! No debiste estar tanto tiempo allá.

OSVALDO.—(Sentándose junto a la mesa.) Creo que tienes razón.

SEÑORA ALVING.—Déjame que te seque la cara, Osvaldo. Estás mojado. (Le seca con el pañuelo.)

OSVALDO.—(Con mirada indiferente.) Gracias, mamá.

SEÑORA ALVING.—¿Estás cansado, Osvaldo? ¿Quieres dormir?

OSVALDO.—(Con angustia.) No, no, no puedo dormir. No duermo nunca. Finjo dormir. (Con voz reconcentrada.) Demasiado pronto vendrá.

SEÑORA ALVING.—(Mirándole con inquietud.) ¡Ah! ¿De veras estás enfermo, hijo mío querido?

REGINA.—(Con interés.) ¿El señor Alving está enfermo?

OSVALDO.—(Con impaciencia.) ¡Cerrad todas las puertas! ¡Y esta angustia mortal!

SEÑORA ALVING.—Cierra, Regina. (Regina cierra y se queda junto a la puerta del vestíbulo. La señora Alving se quita el chal. Regina hace lo mismo.)

SEÑORA ALVING.—(Acercando una

silla a Osvaldo y sentándose a su lado.) Ya lo ves, me siento a tu lado.

OSVALDO.—Sí, eso es. También es necesario que Regina esté siempre cerca de mí. ¿Tú me ayudarás, Regina, no es verdad?

REGINA.—No comprendo.

SEÑORA ALVING.—¿Que te ayudará?

OSVALDO.—Sí, cuando lo necesite.

SEÑORA ALVING.—¿Tu madre no basta, Osvaldo, para ayudarte?

OSVALDO.—¿Tú? (Sonriendo.) No, mamá; tú no me puedes prestar ese servicio. (Sonríe tristemente.) ¿Tú? (La mira seriamente.) Y sin embargo, deberías hacerlo. (Con violencia.) ¿Por qué no me tuteas, Regina? ¿Por qué no me llamas Osvaldo?

REGINA.—(En voz baja.) Temo disgustar a la señora.

SEÑORA ALVING.—Dentro de poco tendrás derecho a hacerlo. Ahora ven también a nuestro lado.

REGINA.—(Se sienta en silencio y con vacilación al otro lado de la mesa.)

SEÑORA ALVING.—Y ahora, pobre hijo mío atormentado, voy a quitar el peso que angustia tu espíritu.

OSVALDO.—¿Tú, mamá?

SEÑORA ALVING.—Sí, todo lo que llamas pesar, remordimiento, arrepentimiento.

OSVALDO.—¿Crees poder conseguirlo?

SEÑORA ALVING.—Sí, Osvaldo, tengo la seguridad. ¡Hace poco, cuando me hablaste de la alegría de vivir lo comprendí todo! Mi vida entera se me presentó bajo otro aspecto.

OSVALDO.—(Moviendo la cabeza.) No comprendo nada.

SEÑORA ALVING.—¡Ah! Si hubieses conocido a tu padre cuando era simple teniente, él sí que personificaba la alegría de vivir!

OSVALDO.—Sí, lo sé.

SEÑORA ALVING.—Sólo con su presencia creaba la alegría en torno suyo. ¡Y además la fuerza indo-

mable, la plenitud de vida que había en él!

OSVALDO.—¿Y qué?

SEÑORA ALVING.—Y he aquí que el niño alegre —porque entonces era un niño enteramente— se vio obligado a vivir en aquella ciudad semi-grande, que no tenía alegría alguna que ofrecerle sino placeres. En vez de un fin por el cual luchar, sólo tenía un empleo. En lugar de un trabajo capaz de interesar a su espíritu, negocios. Y ni un solo compañero que pudiese comprender lo que es la alegría de vivir: sólo compañeros de ociosidad y de orgía.

OSVALDO.—¡Mamá!

SEÑORA ALVING.—Sucedió lo que debía suceder.

OSVALDO.—¿Y qué debía suceder?

SEÑORA ALVING.—Tú mismo lo decías hace un momento, al anunciar lo que sería de ti si continuabas en casa.

OSVALDO.—¿Quieres decir con esto que mi padre...?

SEÑORA ALVING.—Tu pobre padre no encontró jamás empleo para esa alegría de vivir que desbordaba en él. Ni siquiera yo traía la alegría al hogar.

OSVALDO.—¿Ni tú?

SEÑORA ALVING.—La enseñanza que había recibido sólo me hablaba de deberes y de cosas por el estilo, y durante mucho tiempo me dominaron aquellas ideas. Toda la vida se compendia en deberes —mis deberes, sus deberes—. Temo haber hecho insupportable la vida a tu pobre padre, Osvaldo.

OSVALDO.—¿Por qué no me hablaste nunca de ello en tus cartas?

SEÑORA ALVING.—Porque hasta hoy, nunca creí que fuera posible que yo te confesara todo esto a ti, su hijo.

OSVALDO.—¿Y hoy has comprendido?

SEÑORA ALVING.—(Con lentitud.) Sólo he visto una cosa: que tu padre era hombre completamente acabado antes de nacer tú.

OSVALDO.—(Sordamente.) ¡Ah! y se acerca a la ven-

SEÑORA ALVING.—Otra cosa también me preocupaba sin cesar: y era que Regina pertenecía a la casa... con igual título que mi propio hijo.

OSVALDO.—(Volviéndose vivamente.) ¡Regina!

REGINA.—(Estremeciéndose y con voz contenida.) ¿Yo?

SEÑORA ALVING.—Ahora, ya lo sabéis todo uno y otro.

OSVALDO.—¡Regina!

REGINA.—(Hablando consigo misma.) De modo que mi madre era una...

SEÑORA ALVING.—Tu madre tenía muy buenas cualidades, Regina.

REGINA.—Pero, a pesar de eso, lo era. Algunas veces lo había pensado; pero... Sí, señora, eso es. ¿Me permite usted marcharme inmediatamente?

SEÑORA ALVING.—¿Quieres de veras marcharte, Regina?

REGINA.—Sí, quiero.

SEÑORA ALVING.—Eres libre, naturalmente... pero...

OSVALDO.—(Acercándose a Regina.) ¿Quieres irte ahora que estás en tu casa?

REGINA.—Merci, señor Alving. Es verdad que ahora puedo decir: Osvaldo. Pero no precisamente en la forma en que yo me había imaginado.

SEÑORA ALVING.—Regina, no he sido franca contigo.

REGINA.—No, hubiera sido igual. Si hubiese sabido que Osvaldo estaba enfermo... y que no podía haber nada serio entre nosotros... No, no puedo quedarme aquí a cuidar enfermos.

OSVALDO.—¿Cómo? ¿Ni siquiera a un hombre que tiene tu sangre?

REGINA.—No, no puedo. Una muchacha pobre debe aprovechar su juventud. Si no, se expone a encontrarse el día menos pensado sin casa ni hogar. Y, además, señora,

que también yo siento la alegría de vivir.

SEÑORA ALVING.—Desgraciadamente, sí. Cuida que no te pierda, Regina.

REGINA.—¡Bah! Si me pierdo es que así debía suceder... Si Osvaldo se parece a su padre, supongo que yo debo parecerme a mi madre. ¿Puedo preguntar a la señora si el pastor Manders está enterado de este asunto mío?

SEÑORA ALVING.—El pastor Manders lo sabe todo.

REGINA.—(Envolviéndose en el chal.) En este caso debo darme prisa para tomar el vapor. ¡Es tan fácil entenderse con el pastor! Y me parece que tengo por lo menos igual derecho al dinero que... ese carpintero cojo.

SEÑORA ALVING.—¡Ojalá seas dichosa, Regina!

REGINA.—(Mirándola fríamente.) La señora hubiera podido educarme como hija de un hombre de posición; hubiera sido mejor. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah, poco me importa! (Mirando de reojo, con amargura, la botella de champagne cerrada.) También podré beber champagne con personas de calidad.

SEÑORA ALVING.—Si alguna vez necesitas un hogar, Regina, ven aquí.

REGINA.—No, muchas gracias, señora. El pastor Manders cuidará de mí. Y si he de acabar mal, mi verdadero hogar será otro.

SEÑORA ALVING.—¿Cuál?

REGINA.—El asilo del chambelán Alving.

SEÑORA ALVING.—Regina, veo claramente que corres a tu perdición...

REGINA.—¡Bah! Adiós. (Saluda y se va por la puerta del vestíbulo.)

OSVALDO.—(Mirando por la ventana.) ¿Se ha ido?

SEÑORA ALVING.—Sí.

OSVALDO.—(Entre dientes.) Tanto peor.

SEÑORA ALVING.—(Detrás de él y

poniéndole las manos sobre los hombros.) Osvaldo, mi querido hijo, ¿te ha conmovido mucho todo esto?

OSVALDO.—(Volviendo la cabeza hacia ella.) ¿Lo que me has dicho de mi padre?

SEÑORA ALVING.—Sí, de tu desgraciado padre. Temo que la impresión haya sido demasiado fuerte para ti.

OSVALDO.—¿Por qué lo crees? Naturalmente, me ha sorprendido grandemente; pero, en el fondo, me es igual.

SEÑORA ALVING.—(Retirando las manos.) ¿Igual que tu padre haya sido tan desgraciado?

OSVALDO.—Puedo sentir compasión por él como por otro, pero...

SEÑORA ALVING.—¿Nada más? ¿Por tu propio padre?

OSVALDO.—(Con impaciencia.) Mi padre... mi padre... Nunca he conocido nada de mi padre. Lo único que recuerdo es que una vez me hizo vomitar.

SEÑORA ALVING.—¡Es triste pensarlo! ¿Pero, de todos modos, un hijo no debe amar a su padre?

OSVALDO.—¿Cuando el padre no tiene ningún título a su agradecimiento? ¿Cuando el hijo no llegó a conocerle? ¿Y tú, tan instruida sobre otros puntos, vas ahora a creer realmente en ese vicio prejuicio?

SEÑORA ALVING.—¿No es, pues, más que un prejuicio?

OSVALDO.—Sí, puedes estar segura, madre. Es una de tantas ideas corrientes que el mundo admite sin examen y sin...

SEÑORA ALVING.—(Con emoción.) ¡Los espectros!

OSVALDO.—(Paseándose por la escena.) Sí, puedes llamarlos así.

SEÑORA ALVING.—(Con un grito.) ¡Osvaldo! ¿Entonces a mí tampoco me quieres?

OSVALDO.—A ti, por lo menos te conozco.

SEÑORA ALVING.—¿Me conoces? ¿Pero eso es todo...?

OSVALDO.—Y sé cuánto me amas. Por lo menos te debo agradecimien-

to. Y además puedes serme de gran utilidad, ahora que estoy enfermo.

SEÑORA ALVING.—¿Verdad que sí, Osvaldo? Estoy tentada de bendecir tu enfermedad, que te ha traído a mi lado. Porque ahora veo claramente que no te poseo: necesito conquistarte.

OSVALDO.—(Con impaciencia.) Sí, sí, sí. Todo eso no son más que palabras. Tienes que recordar, madre, que estoy enfermo. No puedo ocuparme de otro. Bastante tengo con pensar en mí mismo.

SEÑORA ALVING.—(Con cariño.) Tendré paciencia.

OSVALDO.—¡Y alegría, madre!

SEÑORA ALVING.—Sí, querido hijo mío, tienes razón. ¿He conseguido, por fin, librarte de cuanto te oprimía, remordimientos y censuras?

OSVALDO.—Sí, madre, lo has conseguido. ¿Pero ahora quién me librará de la angustia?

SEÑORA ALVING.—¿De la angustia?

OSVALDO.—(Paseándose.) Regina hubiera podido.

SEÑORA ALVING.—¿Por qué hablas de angustia y de Regina?

OSVALDO.—¿Está muy adelantada la noche, madre?

SEÑORA ALVING.—Va a amanecer. (Mira por la ventana del invernadero.) Ya el sol enrojece las alturas. Y el tiempo está hermoso, Osvaldo; dentro de poco podrás ver el sol.

OSVALDO.—Me alegro. Hay tantas cosas que me alegran y me invitan a vivir.

SEÑORA ALVING.—¡Lo creo!

OSVALDO.—Aunque no pueda trabajar...

SEÑORA ALVING.—¡Oh, muy pronto podrás volver a trabajar, querido hijo, puesto que ya no tienes esos pensamientos deprimentes que te roían y te atormentaban sin cesar!

OSVALDO.—Ha sido una suerte que hayas conseguido ahuyentarlos. Y ahora que he podido dar ese paso... (Sentándose en el sofá.) vamos a hablar, madre.

SEÑORA ALVING.—Sí, eso es. Acerca un sillón al sofá y se sienta muy cerca de él.)

OSVALDO.—Y después, el sol habrá salido. Tú lo sabrás todo y la mañana habrá desaparecido.

SEÑORA ALVING.—¿Lo sabré todo? ¿Qué quieres decir?

OSVALDO.—(Sin escucharla.) Madre, ¿no dijiste esta noche que no habría nada en el mundo que no hicieras por mí, si yo te lo pedía?

SEÑORA ALVING.—Sí, es verdad.

OSVALDO.—¿Y lo sostienes aún?

SEÑORA ALVING.—Puedes tener la seguridad, mi querido, mi único hijo. ¿Vivo acaso para alguien más que para ti?

OSVALDO.—Entonces, óyeme. Tu alma es fuerte, madre, lo sé. Ahora es necesario que te estés quieta y que me escuches sin interrumpirme...

SEÑORA ALVING.—¿Pero qué puede haber de terrible?

OSVALDO.—No debes gritar. ¿Oyes? ¿Me lo prometes? Vamos a hablar tranquilamente, sentado el uno junto al otro. ¿Me lo prometes, madre?

SEÑORA ALVING.—Sí, sí, te lo prometo. Habla.

OSVALDO.—Bueno. Ahora es necesario que sepas que esta fatiga... y además este estado del pensamiento en que todo trabajo me sería imposible, no son la enfermedad en sí.

SEÑORA ALVING.—¿Y la enfermedad...?

OSVALDO.—Esta enfermedad que me ha tocado en herencia está... (Se pone el dedo sobre la frente y dice en voz baja:) Está aquí dentro.

SEÑORA ALVING.—(Con angustia.) ¡Osvaldo! ¡No! ¡No!

OSVALDO.—No grites. No puedo soportarlo. Sí, está ahí esperando. Puede estallar de un momento a otro.

SEÑORA ALVING.—¡Oh, es espantoso!

OSVALDO.—Estate tranquila. A este punto he llegado...

SEÑORA ALVING.—(Sin poderse

contener.) ¡Todo eso es falso, Osvaldo! ¡Es imposible! ¡No puede ser!

OSVALDO.—Ya he tenido un ataque. Pasó pronto. Pero cuando supe lo que había sido, corrí a tu lado, enloquecido, perseguido por la angustia, tan pronto como pude.

SEÑORA ALVING.—¿De ahí proviene tu angustia!

OSVALDO.—Sí, es un horror indecible. ¡Si no se tratase más que de una enfermedad mortal ordinaria! Porque yo realmente no siento miedo de morir, a pesar de lo cual me gustaría vivir el mayor tiempo posible.

SEÑORA ALVING.—Sí, sí, Osvaldo, y así será.

OSVALDO.—Pero eso es horrible. Volver, por decirlo así, a la primera infancia, tener necesidad de que le den de comer, tener necesidad de que... ¡Oh, no hay palabras que puedan expresar lo que sufro!

SEÑORA ALVING.—El niño tiene a su madre para cuidarlo.

OSVALDO.—(Levantándose con impetu.) ¡No, nunca! Eso es precisamente lo que no quiero. No puedo soportar la idea de vivir en ese estado años tal vez, quizás de encanecer así. Y aun podrías tú morirte antes y dejarme solo. (Se sienta en la silla de la señora Alving.)

Porque esto no acaba necesariamente por una muerte inmediata, lo ha dicho el médico. Pretende que es el cerebro el que se reblandece... una especie de blandura en el cerebro o algo semejante. (Con sonrisa pensosa.) Me parece que la expresión suena bien. No puedo menos de pensar en esas telas de velludos de seda, de rojo cereza... algo delicado que se acaricia.

SEÑORA ALVING.—(Gritando.) ¡Osvaldo!

OSVALDO.—(Levantándose de pronto y paseándose por la habitación.) ¡Y me has quitado a Regina! ¿Por qué no está aquí? ¡Ella me hubiera prestado socorro!

SEÑORA ALVING.—(Acercándose a él.) ¿Qué quieres decir, hijo mío

querido? ¿Hay algún socorro que no pueda prestarte yo?

OSVALDO.—Cuando recobré el conocimiento, después del ataque, el médico me dijo que si se renovaba —y se renovará— no habría esperanza alguna.

SEÑORA ALVING.—Y tuvo el valor de decírtelo.

OSVALDO.—Le obligué. Le dije que tenía que tomar mis medidas... (Cor: sonrisa maligna.) Y eso es verdad. (Saca una botellita del interior del traje.) Madre, ¿ves esto?

SEÑORA ALVING.—¿Qué es?

OSVALDO.—Polvos de morfina.

SEÑORA ALVING.—(Mirándole con terror.) ¿Oswaldo, hijo mío?

OSVALDO.—He llegado a reunir doce paquetes.

SEÑORA ALVING.—(Queriendo cogérle la cajita.) ¡Dame esa caja, Oswaldo!

OSVALDO.—Aún no, madre. (Se lo vuelve a gritar.)

SEÑORA ALVING.—No podré sobrevivir a este golpe.

OSVALDO.—Se puede sobrevivir. Si estuviera aquí Regina, le explicaría mi resolución... y reclamaría de ella el último servicio. Estoy seguro de que no dejará de prestármelo.

SEÑORA ALVING.—Nunca.

OSVALDO.—Si el ataque me hubiera ocurrido delante de ella y me hubiera visto tendido, más débil que un niño, impotente, miserable, sin esperanza alguna... sin salvación posible...

SEÑORA ALVING.—Nunca hubiera consentido Regina.

OSVALDO.—Regina no hubiera dudado mucho tiempo. ¡Regina tiene el corazón tan adorablemente ligero! Y en seguida se hubiera cuidado de desembarazarse de un enfermo como yo.

SEÑORA ALVING.—En tal caso, ¡bendito sea Dios porque se ha ido Regina!

OSVALDO.—Sí, madre; pero ahora

tú eres la que me tienes que socorrer.

SEÑORA ALVING.—(Gritando.) ¿Yo?

OSVALDO.—¿Y, quién sino tú?

SEÑORA ALVING.—¿Yo, tu madre?

OSVALDO.—Precisamente.

SEÑORA ALVING.—¡Yo, que te he dado la vida!

OSVALDO.—No te la había pedido. ¿Y qué vida me has dado? ¡No la quiero! ¡Tómala otra vez!

SEÑORA ALVING.—¡Socorro! ¡Socorro! (Huye hacia el vestíbulo.)

OSVALDO.—(Corriendo detrás de ella.) No me abandones. ¿Dónde vas?

SEÑORA ALVING.—(En el vestíbulo.) ¡A buscar el médico, Oswaldo!

¡Déjame salir!

OSVALDO.—(Alcanzándola.) No saldrás y nadie entrará aquí. (Echa la llave.)

SEÑORA ALVING.—(Volviendo.) ¡Oswaldo... Oswaldo... hijo mío!

OSVALDO.—(Siguiéndola.) ¿Es realmente un corazón de madre el que tienes y el que permite dejarme con esta angustia sin nombre?

SEÑORA ALVING.—(Después de una pausa, con resolución.) ¡Dame la mano!

OSVALDO.—¿Consientes?

SEÑORA ALVING.—Si fuese necesario. Pero no será. ¡Es imposible! ¡Es imposible!

OSVALDO.—Esperémoslo así y vivamos juntos el mayor tiempo que nos sea posible. Gracias, madre. (Se sienta en el sillón que la señora Alving había acercado al sofá.) (El día empieza; la lámpara continúa encendida sobre la mesa.)

SEÑORA ALVING.—(Acercándose lentamente.) ¿Te encuentras tranquilo ahora?

OSVALDO.—Sí.

SEÑORA ALVING.—(Inclinándose sobre él.) No era más que terrible juego de tu imaginación, nada más que de tu imaginación. Todas esas sacudidas te han quebrantado. Ahora necesitas descansar aquí, junto a tu madre. ¡Hijo mío querido! To-

cuanto desees lo tendrás como en la época en que eras pequeño. Ya ves. El ataque ha terminado. Es segura. Y ya ves. Oswaldo, el hermoso que vamos a tener, resplandeciente de sol. Te vas a encontrar a gusto en tu casa. (Se acerca a la mesa y apaga la lámpara. El sol sale. Al foro, el paisaje, montañas y valle, resplandece a los primeros rayos del sol.)

OSVALDO.—(Inmóvil en el sillón, de espaldas al foro, de pronto pronuncia estas palabras:) Madre, dame el sol.

SEÑORA ALVING.—(Cerca de la mesa, mirándole asustada.) ¿Qué dices?

OSVALDO.—(Repitiendo con voz monótona y lenta.) ¡El sol! ¡El sol!...

SEÑORA ALVING.—(Acercándose a él.) Oswaldo, ¿qué tienes?

OSVALDO.—(Parece caer sin fuerzas sobre el sillón, todos sus músculos se aflojan; el rostro queda sin

expresión: los ojos miran sin ver, apagados.)

SEÑORA ALVING.—(Temblando de terror.) ¿Qué es esto? (Gritando.) Oswaldo, ¿qué tienes? (Se arrodilla delante de él y le sacude.) ¡Oswaldo! ¡Oswaldo! ¡Mírame! ¿No me reconoces?

OSVALDO.—(Con la misma voz monótona.) El sol... El sol...

SEÑORA ALVING.—(Levantándose de un salto, desesperada, con ambas manos en la cabeza y gritando:) ¡No puedo! (En voz baja resistiéndose.) ¡No puedo! ¡Nunca! (De pronto.) Pero, ¿dónde están? (Busca rápidamente en los bolsillos de Oswaldo.) Aquí están. (Retrocede unos pasos y grita:) ¡No, no, no!... ¡Sí!... ¡No, no!... (Con las manos crispadas en la cabeza, se queda a pocos pasos de su hijo y le mira con mudo terror.)

OSVALDO.—(Siempre inmóvil en el sillón.) El sol... El sol...

FIN DE
«ESPECTROS»

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS